



Sabor
a 
caramelo
Christian Martins

**SABOR
A
CAMELO**

CHRISTIAN MARTINS

EDICIÓN AGOSTO 2020

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. QUEDA RIGUROSAMENTE PROHIBIDA, SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT, BAJO LAS SANCIONES ESTABLECIDAS POR LAS LEYES, LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA POR CUALQUIER MEDIO O PROCEDIMIENTO, INCLUIDOS LA REPROGRAFÍA Y EL TRATAMIENTO INFORMÁTICO, ASÍ COMO LA DISTRIBUCIÓN DE EJEMPLARES MEDIANTE ALQUILER O PRÉSTAMO PÚBLICO.

COPYRIGHT © 2019 CHRISTIAN MARTINS

Son tiempos difíciles para todos nosotros.

Un maldito virus arrasa el mundo mientras, confinados o no, rezamos porque ninguno de nuestros seres queridos se contagie de esta maldita enfermedad.

Suelen decir eso de que “la cabeza” no descansa y nunca deja de pensar, pero, por si os apetece desconectar de lo que invade el mundo más allá de los muros de vuestro hogar, os dejo esta novela.

Disfrutadla. Olvidaos de todo... Al menos, por un rato.

Los amores imposibles solo existen dentro del corazón.

Christian Martins

Ya tengo los ojos abiertos mucho antes de que suene el despertador, aunque hasta que la familiar melodía con que doy comienzo a mis días no suena, no me levanto de la cama.

Hoy es un día importante para mí. Un día diferente. Un “antes y después” que marcará mi futuro y mi porvenir. Durante mucho, muchísimo tiempo, había soñado con que llegase este momento y me había imaginado cómo sería. Pero, a decir verdad, hoy no me he levantado tan entusiasmada como creía. En realidad, estoy bastante alicaída. Y nerviosa, claro.

Salgo de la cama y veo las cajas con mis cosas bien apiladas sobre mi escritorio. Suspiro hondo y me digo a mí misma que todo irá bien. Claro que sí. ¿Por qué no iba a salir bien? Los nuevos comienzos siempre son positivos, ¿no?

Abro las cortinas y dejo que el tenue sol de los últimos días del verano se filtre a través del cristal, rozando mi rostro. Suspiro hondo y decido que ha llegado el momento de activarme y dejar de compadecerme a mí misma.

Me doy una ducha, me pongo un vestido de flores sencillo y cómodo y después bajo a desayunar con mi madre. Supongo que ella habrá dormido tan mal como yo. Es normal, porque siempre hemos estado muy unidas y hemos sido un apoyo la una para la otra. El máximo tiempo que hemos pasado separadas fue durante las vacaciones de invierno de hace tres años, cuando me marché a esquiar con Derek.

—¿Tortitas? —pregunto desde la puerta de la cocina.

Huele a tortitas.

Y como norma general, en esta casa, solamente se comen tortitas los domingos. Entre semana las mañanas suelen ser más ajetreadas y ninguna de las dos saca el tiempo suficiente como para ponerse a cocinar. De lunes a viernes (y la mayoría de los sábados) desayunamos un tazón de cereales con leche. Y eso cuando nos da tiempo a desayunar en casa.

Mi madre trabaja como dependienta en el supermercado local y aunque no tiene un mal horario de entrada, su jefe suele pedirle que se encargue de organizar las cajas del almacén antes de la apertura. Eso la obliga a entrar casi una hora antes de lo que le corresponde, aunque nunca la he visto quejarse por ello. Mi madre, es así. Agradecida y responsable, siempre dispuesta a hacer más por los demás.

—He pensado que la ocasión lo merecía —me dice, agitando el bote de sirope de fresa con fuerza.

Le dedico una sonrisa cómplice y asiento.

—Solamente serán unos meses —le digo con una sonrisa—. En Navidad estaré de vuelta para pasar las vacaciones..., así que lo mejor es no dramatizar.

—Claro —me dice, pasándome el plato con tortitas.

La miro y parece mucho más joven de lo que es.

Mi madre, que ahora mismo tiene poco más de cuarenta años, sigue pareciendo una niña. Puede que sea por su forma despreocupada de vestir, siempre con vaqueros desgastados, camisetas cómodas y sudaderas. O puede que, simplemente, sea una de esas personas que desprenden ternura e inocencia. Y la verdad es que sí, ella es muy inocente. Pero también es luchadora y nunca se rinde. Son valores que me ha procurado inculcar desde pequeña.

—¿Estás bien?

Ella niega con la cabeza.

—Pero... ¿cómo voy a estar bien? —pregunta, acercándose a mí con los brazos abiertos—. No sé qué voy a hacer sin ti, Bridie.

Nos abrazamos.

Aspiro el aroma de su perfume barato y sonrío. Lleva tantos años utilizándolo que, para mí, ese olor es sinónimo de mi hogar.

—Solamente estamos a una hora —le recuerdo—. No es para tanto. Podrás venir a verme siempre que quieras.

Asiente con los ojos llorosos y se separa de mí para regresar a su asiento.

Así es mi madre; un drama andante.

Escucho dos bocinazos en el exterior y doy por hecho que se trata de Derek. Miro el reloj de la cocina y mamá hace lo mismo.

—¿Ya? ¿Tan pronto?

—Le dije que viniera a buscarme con tiempo —respondo, dándole un último trago al vaso de leche.

Mi madre frunce el ceño antes de levantarse detrás de mí.

Desde la ventana, le pido a Derek que espere unos segundos y salgo pitando hacia mi habitación en busca de las cajas con mis pertenencias y la bolsa de viaje repleta de ropa. Creo que no me

dejo nada importante.

—Te ayudo —me dice mamá, cogiendo una de las cajas.

Bajamos en silencio y salimos de casa.

Derek está esperándonos en el jardín, con una sonrisa de oreja a oreja. Me saluda con un beso fugaz en los labios y se apresura a abrir el maletero del coche para que coloquemos los bártulos.

—Buenos días, Lizzy —saluda con un pequeño abrazo a mi madre y después vuelve a centrar su atención en mí—. ¿Nerviosa?

Me encojo de hombros.

—Supongo —admito, sin poder ocultar una sonrisa.

En realidad, creo que si Derek y yo fuéramos a ir a la misma universidad el resto me daría igual. Lo que realmente me preocupa es la distancia que habrá entre nosotros. De la universidad de Saint George a la universidad de Surrey hay más de diez horas en coche. Lo que se dice, literalmente, cruzarse el país de punta a punta. Seguramente no vuelva a verle hasta Navidad, y eso me destroza el corazón.

Le doy un fuerte abrazo a mamá antes de prometerle que la llamaré nada más me instale. Ella contiene el llanto, haciéndose la fuerte, y me susurra lo orgullosa que está de mí.

—Gracias, mamá —murmuro, apartándome de ella.

Sé que esto le hace especial ilusión; que yo estudie, que tenga mi carrera universitaria y que haga realidad mis sueños. Se está sacrificando mucho para poder pagar todo esto y que yo tenga la oportunidad que ella no pudo tener en el pasado.

Me subo al coche y Derek arranca, poniendo el vehículo en marcha. Observo cómo mi madre se va haciendo más y más pequeña a través del cristal retrovisor, y en ese instante, comprendo que mi vida cambiará para siempre. No es un presentimiento; es la realidad. Mi vida jamás volverá a ser la que era. Tener a Derek cerca, vivir con mamá... Puede que algún día regrese a casa, pero cuando lo haga ya no volveré a ser la misma Bridie que hoy se marcha de aquí.

—No pareces contenta —señala mi novio, mirándome de reojo.

—¿Debería estarlo? —suspiro, antes de pulsar el botón que activa la radio.

No me apetece tener una conversación profunda porque, casi con total probabilidad, sufriré un bajón y terminaré echándome a llorar.

—Deberías estarlo, sí.

—Van a pasar meses hasta que nos volvamos a ver, Derek —murmuro en voz baja, casi

tragándome el llanto.

Derek no solamente es mi novio; también es mi mejor amigo. Mi compañero, mi mitad. Siempre ha estado ahí, cuidando de mí y de mi madre, y nunca jamás me ha fallado. No se me ocurre un solo problema para el que no tenga solución. Ni una situación a la que no consiga sacarle un lado positivo.

—Serán unos meses —repite, y me da la sensación de que es la misma conversación que he tenido hace unos minutos con mi madre, pero esta vez cambiando las tornas.

Mientras desayunábamos, era yo quien intentaba restarle importancia para que ella no se viniera abajo. Ahora soy yo la que no sabe si aguantará con integridad.

—Las relaciones a distancia nunca funcionan.

Y lo digo con convicción.

—Tú y yo no tenemos una relación como otra cualquiera... —me dice Derek, alargando el brazo para acariciarme la mano—. Nosotros somos un equipo. Un equipo de verdad.

—Lo sé.

—Entonces no tienes de qué preocuparte.

—Ya... —respondo, aunque en el fondo no sé cómo seré capaz de relajarme.

Espero que una vez llegue al campus y me instale, todo sea diferente. Seguro que distraerme me ayudará.

Derek y yo llevamos juntos cuatro años. Según mis amigas, una eternidad, aunque a mí se me han pasado rapidísimo. Siempre hemos sido mejores amigos, hasta que un día de verano, con catorce años, me robó mi primer beso. Desde entonces, mi madre se ha dedicado a soñar con la boda perfecta que quiere para mí. Yo, en cambio, prefiero ir planeando las cosas sobre la marcha.

—Voy a echarte de menos... —asegura muy serio, apretando el volante entre sus manos.

—Y yo a ti.

Supongo que a estas alturas habéis deducido que soy una chica casera, de hogar. No me gusta viajar, no soy aventurera, no corro riesgos. Mi madre siempre me ha enseñado a ser precavida, a no tomar decisiones arriesgadas, a ser prudente con las personas que me rodean, a no fiarme de los desconocidos y a huir de las malas compañías. Y yo no solamente aprendí las lecciones a rajatabla, sino que las puse en práctica. No me gusta salir de fiesta, no bebo, no fumo... Podría decirse que soy una chica estudiosa y ejemplar, pero creo que sería demasiado vanidoso por mi parte. Digamos que soy una del motón, a secas.

Derek aparca el coche frente al campus. Me quedo observando los jardines y el trajín de gente que corretea de un lado a otro con una sonrisa nerviosa en los labios y, por un instante, me permito soñar despierta con cómo será mi primer año de universidad. Seguramente sea tranquilo. Me esforzaré por sacar buenas notas y ganar la beca, para que mi madre pueda relajarse y dejar de meter horas extras en el supermercado.

—¿Quieres que te acompañe dentro? —inquire.

Pestañeo varias veces, observándole perpleja.

—¡Claro! ¿Es que no te vas a quedar?

—¿A quedar?

Asiento en silencio con un movimiento rítmico de cabeza.

—Creí que pasarías la última noche conmigo.

Derek me dedica una tierna sonrisa.

—No puedo, Bridie. Tengo que volver a casa y organizar la maleta antes de esta noche —me explica—, porque yo no voy a estar a una hora de distancia de casa. Y si me dejo algo, tendré problemas.

—Ya...

Mi novio suelta una risita y me da un beso en la frente a modo de consuelo.

—Todo va a estar bien, ya verás.

Me quedo observando las cajas, aún repletas de libros y trastos, que tengo sobre la cama. Mi habitación no es demasiado grande, pero es lo suficientemente espaciosa como para poder compartirla con otra chica sin problemas. Más concretamente, con una tal Cameron. He llegado antes que ella, así que por ahora estoy sola. Me dejo caer sobre el colchón y me quedo en silencio escuchando el barullo de los pasillos. Hoy no hay clase, pero el campus ya está hasta arriba. La mayoría de las personas han decidido venir un día antes para poder ir organizándose, al igual que he hecho yo. Todavía tengo mucho tiempo por delante y poco qué hacer, así que decido terminar de sacar mis tratos de las cajas, organizar las baldas, el armario y hacer la cama con mis sábanas y mi colcha.

Dejo en la mesilla una foto que tengo con mamá y Derek y le saco una foto a mi rincón para enviárselo a mi madre. Sé que agradecerá tener noticias mías y ubicarme en algún espacio. “Todo listo”, escribo, antes de mandar la foto. Ella no tarda ni dos minutos en contestarme que le encanta. Cuando me quedo sin nada que hacer y viendo que la tal Cameron no termina de aparecer, decido bajar a la secretaría para solicitar mi horario impreso, pedir un mapa del campus y buscar la cafetería. Tengo hambre. Mi estómago ruge de hambre.

Compro un zumo, recorro los pasillos de forma distraída mientras observo a los grupos de gente que se van formando por las esquinas del campus. Aquí todo el mundo parece tener amigos y conocerse, hasta los de primer año. Todos, excepto yo, supongo. Ninguno de mis compañeros optó por Saint George —que yo sepa—, y eso que es una de las más cercanas a mi localidad, Rosyth. Salgo al exterior con el zumo a medias y me siento en las escaleras de la entrada mientras me lo voy bebiendo a sorbitos. Un grupo de profesores pasa muy cerca de mí, comentando la organización del temario del primer trimestre. Cuando me termino el zumo, la sensación de que no formo parte de este lugar ya se ha disipado casi por completo. Este será mi hogar hasta el próximo verano, y lo mejor que puedo hacer es disfrutar de él.

Regreso a mi habitación sin necesidad de pedir indicaciones y pego el horario que me han dado en secretaría en una de las puertas de mi armario. Después me echo en la cama, decidida a dejar que las horas del reloj pasen con rapidez.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, ya ha anochecido y mi nueva compañera está junto a mí, vaciando la maleta. La miro de reojo sin que ella se dé cuenta, analizándola. Alta, de piernas largas, delgada, guapa. Tiene un pirsin en la nariz y viste con unos shorts demasiado cortos para

mi gusto.

—Hola —saludo, sentándome sobre la colcha de mi cama.

—¡Oh, perdona! ¿Te he despertado?

Sacudo la cabeza, negando, y ella me dedica una sonrisa radiante. Demasiado perfecta. Me pregunto a mí misma si se habrá realizado algún blanqueamiento delantal o si sus dientes tendrán ese brillo de anuncio por genética.

—No, tranquila. Es mejor así —le digo—, sino no pegaré ojo durante la noche.

Ella suelta una risita y señala su minicadena.

—¿Entonces puedo poner música?

—Supongo.

La enchufa y le da al “play” y, unos segundos más tarde, la radio de pop nacional más popular empieza a sonar a través de los altavoces.

—Soy Cameron —me dice, alargando el brazo para estrecharme la mano.

—Bridie —respondo con rapidez.

—¿Tú también estudias la carrera de economía?

—No. Estudio administración y dirección de empresas.

Ella sonrío y me guiña un ojo.

—Así que eres de las listas, ¿eh?

Me quedo callada, sin entender a qué se refiere.

—A mí no me dio la nota para entrar, así que he tenido que conformarme con economía —me explica, dejando una caja repleta de ropa en su armario.

Ya ha vaciado sus cosas. Bueno, en realidad, las ha ido tirando por las esquinas del armario y por las baldas de su estantería. Suspiro hondo, procurando no desanimarme porque la chica sea tan desordenada. Yo, en cambio, soy una maniática del orden y la limpieza.

—Lo siento —respondo, justo en el instante en el que la puerta se abre de par en par.

Un chico alto y guapo aparece al otro lado y se queda mirándonos fijamente.

—Mi osito de gominola... —ronronea con un guiño de ojo pícaro, dirigiéndose a Cameron.

Ella se apresura a saltar a sus brazos y, sin perder el tiempo, empiezan a darse el lote. Me quedo mirándolos, maldiciendo interiormente por mi maldita mala suerte. ¿Así que su novio

también estudia aquí? ¿en Saint George? ¡Genial! Una compañera de habitación desordenada que se va a pasar las veinticuatro horas del día besuqueándose con su novio delante de mis narices. Él la aúpa en brazos, da dos pasos hacia delante y cierra la puerta de un portazo. Me siento como una intrusa observando la escenita, así que aprovecho para coger un libro del estante y ponerme a leer. “Orgullo y prejuicio”. Es el primero que he cogido y ya me lo he leído en un millar de ocasiones, pero me gusta tanto que no me importa volver a hacerlo. Me tumbo en la cama, y les doy la espalda, concediéndoles de esa forma un poco de intimidad. “Es una verdad mundialmente reconocida que un hombre soltero, poseedor de una gran fortuna, necesita una esposa...”. Comienza la lectura, pero no consigo concentrarme en la historia de Elizabeth y Darcy gracias al sonido que produce el intercambio de salivas que se está produciendo detrás de mí.

—Para... Para, osito —le dice Cameron con una risita—, que si sigues así no voy a...

Y más risitas.

Les miro de reajo, espantada, imaginándome cómo puede terminar la escenita. Él sentado en la cama, ella a horcajadas sobre su regazo. ¡Por Dios...!

Mi mirada se cruza con la del chico y, avergonzada por la invasión de intimidad, me apresuro a retirarla. Dos segundos más tarde, la cosa se tranquiliza y ambos se tumban en la cama para escuchar música.

—¿Te importa si Axel se queda a dormir? —me pregunta Cameron, aunque no sé por qué, imagino que mi opinión le interesa más bien poco.

—No, tranquila —respondo.

Son las diez y media y parece que ellos ya tienen intenciones de acostarse, así que me levanto de la cama, cojo el pijama, y salgo de la habitación para poder vestirme en el baño. ¡Genial! ¡Primer día en la universidad y tengo que salir de mi propia habitación para desvestirme!

Cuando regreso las luces ya están apagadas y ellos ya se han metido bajo las sábanas. Me escurro hasta mi cama y, sin una pizca de sueño, pongo el despertador a las siete de la mañana del día siguiente antes de cerrar los ojos.

No consigo dormir. Diez minutos. Veinte, treinta... Son las doce y sigo despierta. En la cama de al lado, Cameron y su novio cuchichean en susurros bajitos, haciéndose carantoñas bajo las mantas. Sé que, hasta que ellos no se duerman, no conseguiré conciliar el sueño yo. Es imposible hacerlo con una pareja de tortolitos a escasos metros de distancia.

—Parece que se ha dormido —susurra mi compañera con una risita nerviosa.

No escucho la respuesta de él.

Yo, inmóvil, me prometo a mí misma que compraré unos tapones para los oídos mañana mismo. Respiro hondo, decidida a relajarme. Mañana me espera un día largo y necesito descansar para poder enfrentarme a él. A primera hora tengo economía, así que supongo que coincidiré con mi compañera. Estoy intentando recordar el mapa del campus para ubicar el aula de economía en mi memoria cuando escucho los gemidos. ¡Oh, no! ¡No puede ser!

Miro de reojo y veo los movimientos rítmicos bajo las mantas. Ella jadea, mientras, supongo, se besan y algo más. “No, no, no...”, pienso, espantada.

—Joder, nena... —gruñe él en voz baja.

Ella se ríe tontamente, antes de soltar un gritito.

El bulto de las sábanas cambia de posición. Están tapados hasta arriba y, por la forma, diría que el chico se encuentra encima. Están... haciendo el amor. Escucho sus jadeos, sus respiraciones roncadas y su risa nerviosa.

—¿Seguro que está dormida? —pregunta él, demasiado alto.

Incluso si estuviera dormida de verdad, hace rato que sus jadeos ya me hubieran despertado. ¿Es que no tienen ni un poquito de reparo?

—Sí... Sigue, por favor... ¡Sigue! —le contesta, suplicante.

Y esta vez no susurra.

Supongo que a esas alturas ya les da igual despertarme.

Quiero darme la vuelta y dejar de observarles, pero, no puedo. No sé por qué, pero la escena que tengo frente a mí absorbe mi atención por completo. Me muerdo el labio mientras siento un calor insoportable ascender por mis entrañas, instalándose en mi bajo vientre. Mi respiración se agita. Escucho sus gemidos, sus ronquidos, e intento imaginarme qué se sentirá viviendo ese momento... Siendo ella.

—Me voy... Me voy ya... —gime él.

Y, sobresaltada, me doy la vuelta y me tapo con las mantas.

Escucho otro jadeo ronco y más risitas, así que supongo que por fin, han terminado.

Cuando me despierto a la mañana siguiente son las ocho y la habitación está vacía. No hay rastro de Cameron ni de su novio. Su cama está deshecha y el pijama tirado en el suelo.

Al parecer, mi despertador ha decidido dejarme tirada y no sonar. O puede que sí haya sonado, y que en pleno trance haya decidido apagarlo porque estaba agotada. Ayer no conseguí dormirme hasta bien entrada la madrugada, y para entonces caí rendida de pleno agotamiento.

Salto de la cama y me apresuro al armario. La clase daba comienzo a las ocho, así que ya llego tarde. No tengo tiempo para ducharme, ni prepararme, ni decidir tranquilamente cuál será el vestuario de mi primer día. No. Cojo lo primero que tengo a mano y me pongo una blusa básica, blanca, y unos vaqueros ajustados que mi madre me regaló hace un par de meses. Me cepillo el pelo de forma brusca, arrancándome varios mechones por las prisas, y me calzo las deportivas. Después, cojo mi carpeta y mi estuche y salgo corriendo sin siquiera preocuparme de dónde está situada la maldita aula de economía.

Los pasillos están desiertos y no se escucha a nadie. Supongo que todos los alumnos ya estarán en clase, escuchando la primera presentación del año. Echo a correr por el pasillo sin un rumbo fijo, procurando no desviar la mirada de los carteles que hay colocados junto a las puertas de las aulas. Son las ocho y veinte, llego muy tarde, no encuentro la clase que me corresponde y... ¡Plaf!

—Mierda... —murmuro, observando todos los papeles que portaba en mi carpeta desparramarse por el suelo, a mi alrededor.

He chocado contra alguien y he caído redonda al suelo, de morros.

—Mierda, mierda...

—¿Estás bien? —pregunta el desconocido contra el que me he estrellado.

Alzo la mirada hacia él mientras le respondo.

—¡No, no estoy bien! —exclamo de mal humor, consciente de que por su culpa y su torpeza llegaré aún más tarde.

Sus ojos azules se clavan en los míos y me quedo sin respiración. Es guapísimo. Es... demasiado guapo. Castaño, piel morena, ojos intensos del color del mar y una sonrisa de esas que son capaces de quitarle el hipo a cualquiera. Me quedo muda, incapaz de

apartar la mirada de él. De su rostro. De su cuerpo.

—Estás sangrando del codo... —señala, antes de agacharse y comenzar a recoger mis papeles.

Calculo que tendrá treinta y pocos años. Puede que treinta y cinco, como mucho. ¿Será profesor? ¿El hermano mayor de algún alumno o alumna? ¿Quién es? Se queda mirando mi carpeta unos instantes y, después, me la acerca.

—¿Necesitas ayuda para levantarte? —inquire con una sonrisa.

Sacudo la cabeza con el corazón acelerado.

No sé qué me está pasando, pero tengo la sensación de que he empezado a sufrir algo muy parecido a una taquicardia. Estoy nerviosa, sudorosa y... muda. No me salen las palabras.

—Por lo que veo te dirigías a economía, ¿no?

Asiento.

Su voz suena sensual, alegre, distraída. Me gustaría ser capaz de contestar en voz alta, pero sigo sin poder. No consigo decir nada.

—Está al final del pasillo a la izquierda, el aula número quince —dice, sacando un pañuelo del bolsillo—. Toma... Deberías limpiarte ese codo antes de entrar.

Lo acepto, y al alargar el brazo para cogerlo, nuestras manos se rozan. No sé si él también es capaz de percibir la electricidad que se forma entre nosotros o si solamente es cosa mía. Su sonrisa se borra por unos instantes, pero no tarda en recuperarla.

—Puedes quedártelo.

—Gracias —consigo murmurar en voz alta.

El desconocido, que va vestido con unos pantalones chinos de color beige y una camisa blanca, mira su elegantísimo reloj de muñeca.

—Y deberías darte prisa si pretendes que te permitan pasar.

Y sin decir nada más, me dedica una última sonrisa y se aleja lentamente por el pasillo. Yo necesito un par de segundos más para recuperar la consciencia y echar a correr. “Final del pasillo, a la izquierda. Aula número 15”. Aún con la mente aletargada, consigo encontrar mi clase y colarme al interior. La profesora de economía se percata de mi llegada tardía, pero supongo que decide hacer la vista gorda al tratarse del primer día. Me siento en la última fila y rezo internamente porque esto no sirva de precedente para que me coja manía antes de tiempo.

Ha comenzado la primera lección; estadísticas. Algunas personas a mi alrededor cogen

apuntes y otras, simplemente, escuchan con atención. Me uno al último grupo, pero saco la libreta y el bolígrafo por si la profesora dice algo interesante que no sea un mero repaso de lo que ya sabemos muchos. Estoy escuchándola y me esfuerzo mucho en no distraerme. Pero no lo consigo. Inconscientemente, mi cabeza vuelve a recrear una y otra vez la imagen del chico que me ha derribado en el pasillo. ¿Sería un profesor? No, demasiado joven para ser un profesor. Bueno, en realidad, no es tan joven. La mujer que está impartiendo esta clase también tendrá poco más de treinta años. “Demasiado guapo para ser un profesor”, me digo a mí misma, sacándome una sonrisa socarrona. Aún tengo el pañuelo de tela que me ha dado en el bolsillo del pantalón. Lo saco para volver a limpiarme el codo, que me duele muchísimo, y me quedo mirándolo fijamente mientras sopeso si debería de buscarle para devolvérselo. No, definitivamente, no. La verdad es que era tan guapo que... ¡Dios! ¡Ahora no consigo sacármelo de la cabeza!

Cuando la clase por fin llega a su final, me doy cuenta de que no he prestado atención a absolutamente nada de lo que la profesora ha explicado.

Creo que mi primer contacto con la universidad podría considerarse, definitivamente, un fracaso.

El resto del día lo paso desubicada, corriendo de clase en clase sin enterarme muy bien de dónde me corresponde estar. La universidad no es demasiado grande, pero creo que hoy la falta de sueño y de descanso está pasándome una mala jugada. Además, esperaba que sociabilizarme fuera un asunto sencillo —hasta ahora jamás había tenido problemas con estrechar lazos— y no he congeniado con nadie. Y mi compañera de piso, al parecer, ha decidido saltarse alguna que otra clase que compartimos según el horario que tiene en las estanterías de nuestra habitación.

Cuando llega la noche y me encierro en mi habitación, lo único que me apetece es tranquilidad, dormir y hablar un rato con Derek.

Derek... ¿Habrá llegado ya a Guilford? ¿Se habrá instalado ya en el campus? No he tenido tiempo siquiera de enviarle un mensaje; aunque a mi favor diré que él tampoco parece haberse acordado de mí.

Me dejo caer en la cama, agotada, y tecleo: “¿Todo bien? ¿Ya estás instalado?”.

He decidido no agobiarle y dejarle su espacio personal, pero si he de ser sincera, debo confesar que estoy asustada. Nunca hemos pasado tanto tiempo separados y dudo mucho que esto vaya a venirle bien a nuestra relación. Si no ocurre nada extraño, hasta las próximas fiestas de Navidad no volveré a verle. Demasiados meses. Demasiadas semanas. Demasiados días sin poder darle un abrazo o contarle personalmente mis problemas.

Diez minutos después, aún no he recibido ninguna respuesta y los párpados se me van cayendo...

El novio de Cameron, Axel, está en segundo de Economía. Se conocieron hace cosa de ocho meses en un bar cercano al campus. Cameron y sus amigas estaban haciendo una visita a las instalaciones para decidir a qué universidad optar y decidieron hacer un descanso antes de regresar a casa y tomar un par de cervezas frías. Lo que no esperaba Cameron en aquel entonces era encontrar un motivo de más peso para querer asistir a la universidad de Saint George. Un motivo llamado Axel.

Le dedico una sonrisa mientras me explica con todo detalle cómo “su osito” y ella se conocieron. Es mi tercer día aquí y aún no conozco a nadie, así que he decidido almorzar con mi compañera de habitación y sus amigos. Hemos cogido un par de sándwiches y unos refrescos de la cafetería y nos hemos acomodado bajo la sombra de un árbol grande que hay en los jardines. Hace sol y calor, así que muchos estudiantes que nos rodean llevan a cabo el mismo plan que nosotros; almorzar al aire libre.

Los amigos de Cameron y de Axel parecen simpáticos. No recuerdo sus nombres, pero he de admitir que son agradables y que parecen gente normal y corriente. Y añado esta última puntilla porque, para ser sincera, la primera impresión que me llevé de mi compañera de habitación y de su novio no fue, precisamente, demasiado buena.

Mordisqueo mi sándwich de atún mientras pienso en Derek. Durante estos días solamente hemos intercambiado un par de mensajes. Ni siquiera una triste llamada. Por lo que me ha contado, la universidad de Surrey está muy bien. La gente es simpática, y aunque aún se está adaptando a sus nuevos horarios, ya ha hecho amistades y parece encajar bien. “Mejor que yo aquí”, pienso, entristecida. No sé por qué, no consigo deshacerme de esa maldita sensación que me hace creer que estoy totalmente fuera de lugar. Sé que puede sonar infantil, pero echo de menos a mi madre y a Derek. A mi rutinaria y aburrida vida en Rosyth.

—Bridie, ¿vendrás a la fiesta de esta noche?

Dejo de lado mis pensamientos para centrar mi atención en el chico que ha hecho la pregunta. No recuerdo su nombre, pero Cameron me lo ha presentado como “el soltero de oro del año”. Está claro que hacer de celestina no es su punto fuerte, más aún si tenemos en cuenta que yo ya estoy comprometida.

—¿Qué fiesta? —pregunto con curiosidad.

Mi compañera de habitación da dos fuertes palmadas, emocionada.

—¡Claro que vendrá! —exclama, propinándome un codazo en las costillas que me deja sin respiración un par de segundos—. Esta noche Will da una fiesta en la casa de sus padres. Ya sabes, música y mucha gente.

—No sé... —respondo, dubitativa—. La verdad es que no suelo trasnochar mucho... Soy más bien, diurna.

Deduzco que el chico que me ha invitado, es Will. El mismo que da la fiesta y que, ahora mismo, parlotea sin parar enumerando las razones más convincentes por las que debo asistir. Pero ya no le escucho. No puedo. Me he quedado embobada mirándole a... él. Es el mismo chico de ojos azules con el que tropecé ayer por la mañana en el pasillo. Por unos segundos, nuestras miradas se cruzan y tengo la sensación de que me reconoce. Después aparta la vista y continúa caminando. Va vestido con vaqueros, camisa blanca de manga corta y un maletín. Todo me hace creer que, casi con total seguridad, es un profesor de la universidad.

—Está buenísimo —me susurra Cameron en el oído.

Algo se me revuelve en el estómago y me tengo que esforzar por volver a la realidad.

—Sí... —respondo, casi hipnotizada.

Ella suelta una risotada.

—Es el profesor Wayne —me dice, muerta de risa—, y creo que a todas nos ha causado esa primera impresión la primera vez que le vimos.

—¿Ya le conocías de antes?

—Me fijé en él la primera vez que vine al campus, en la visita —me explica, todavía entre susurros.

Supongo que no le apetece que su novio, Axel, escuche esta parte de la conversación.

—¿Sabes de qué da clase? —inquiero, sintiéndome un poco culpable por mi inevitable interés.

Algo me dice en mi interior que a Derek no le haría ninguna gracia.

—De matemáticas y finanzas —responde—. Yo solamente le tengo em matemáticas. El viernes —señala, guiñándome un ojo.

“Yo doy ambas asignaturas”, pienso, sin poder reprimir una sonrisa nerviosa.

—¿Qué cuchicheáis vosotras dos? —pregunta Axel, dedicándonos una sonrisa perspicaz.

—Cosas de mujeres.

Por la tarde solamente tengo dos horas de clase y se me pasan volando. Por alguna razón incomprensible, estoy deseando regresar a mi habitación para echar un vistazo al horario que tengo pegado en la estantería. Me suena que, los dos últimos días de la semana, doy tanto la asignatura de “finanzas” como la de “matemáticas”. Así que lo primero que hago nada más entrar por la puerta es comprobarlo.

¿Por qué diablos no soy capaz de sacarme a ese profesor de la cabeza? Sí, Cameron tiene razón. Es guapísimo, salta a la vista. Y cualquier chica con ojos se encapricharía de él, claro. Pero algo me dice que, a pesar de lo simpático que parecía en nuestro fugaz tropiezo, sabe guardar las distancias. Seguro que lo último que quiere es malentendidos con sus alumnas.

Me dejo caer sobre el colchón, cansada. Ir a esa fiesta me vendría bien para sociabilizarme un rato, aunque, por otro lado, no me apetece lo más mínimo. A veces, sobre todo desde que llegué a Saint George, tengo la sensación de que entablar una conversación con un desconocido me supone un esfuerzo sobre humano. Sigo teniendo ese presentimiento de que aquí no encajo, y en el fondo algo me dice que el problema soy yo. ¿Seré una antisocial? ¿Una aburrida?

Saco el teléfono móvil del bolsillo trasero de los vaqueros y me quedo mirando muy fijamente la pantalla, deseando que comience a sonar y que el nombre de Derek se ilumine en ella. Pero no ocurre nada. Sopeso si enviarle un mensaje, pero la última en hacerlo fui yo y no me apetece arrastrarme detrás de él por un poco de atención. ¿Por qué va en aumento el presentimiento de que esta maldita distancia nos va a separar? ¿De qué no vamos a poder con ello? En lugar de escribirle a Derek, le mando un mensaje a mi madre. Le cuento que ya tengo amigos —aunque en realidad no pueden considerarse como tales— y que esta noche me han invitado a una fiesta. “Tranquila, no iré. Me quedaré repasando apuntes”, añado, para que pueda dormir en paz y no ande pendiente de si vuelvo sana y salva a la facultad. Diez minutos después, quizás a causa del aburrimiento, decido llamar a mi novio. No lo soporto más.

Un tono, dos tonos, tres... Estoy convencida de que no va a responder cuando, de pronto, su voz ronca suena a través del auricular.

—¿Bridie?

—Hola —respondo, aliviada—. ¿Estabas dormido?

Intento imaginármelo tumbado en la cama de su habitación, pero no puedo. No conozco Surrey y tampoco me ha contado nada sobre su nuevo entorno, así que soy incapaz de proyectar su imagen en un entorno conocido.

—Sí, estaba dormido, pero no pasa nada —asegura—. ¿Estás bien? ¿Ha pasado algo?

Siento cómo poco a poco mis ojos se van empañando.

Quiero ser fuerte y no venirme abajo, pero estar lejos de mi casa y de las personas que quiero resulta mucho más duro de lo que creía.

—No, no estoy bien —admito con la voz gangosa—. Esto es una mierda.

Derek libera un suspiro al otro lado del auricular.

—¿Qué ocurre?

—Te echo de menos —admito, sintiéndome mal conmigo misma por esta llamada.

Solamente han pasado unos días y parece que ya estoy haciendo un drama de la situación.

—No sé cómo vamos a soportar pasar así el curso entero —continúo, envalentonada al ver que él guarda silencio—. Ni siquiera sé cómo mantener el contacto contigo.

—Bridie... Puedes llamarme siempre que quieras —asegura—. Y claro que lo vamos a soportar. Tú y yo podemos con todo, ¿no?

—No lo sé...

—¿Has hablado con Lizzy? —pregunta.

Cierro los ojos y dejo salir el aire que hay en mis pulmones lentamente para conseguir relajarme.

—Sí, claro. Y también la echo de menos, pero... Es diferente. Sé que si me saturó puedo coger un autobús y pasar un fin de semana en casa —le explico—. Tú estás en la otra punta del país.

—Sabíamos que iba a ser difícil, pero solamente es un pequeño sacrificio. Un paso más... Cuando terminemos la universidad tendremos todo el tiempo del mundo para estar juntos.

—Para eso aún falta mucho.

Derek suelta una risita que se me antoja encantadora y, sin quererlo, sonrío. No sé cómo, pero siempre consigue hacerme sentir bien.

—Vamos a poder con ello, Bridie —repite, y esta vez logra contagiarme un poco de su convicción.

—Vale... —admito, decidida a creerle—. Podremos con ello.

Tendré que confiar en que así será, ¿no? ¿Acaso tengo otro remedio?

Mientras me estoy sacudiendo las lágrimas rebeldes que resbalan por mis mejillas, entra

Cameron. Me dedica una sonrisa y finge no percatarse de mi deprimente estado, aunque yo sé muy bien que sí se ha dado cuenta.

—Te dejo dormir, ¿vale? Tengo que colgar —susurro, apenada.

No me apetecía cortar la llamada tan rápido, pero no quiero que mi compañera de habitación ponga antena en una conversación privada.

—Vale. Estate bien, ¿sí?

—Sí.

—Te quiero —ronronea Derek al otro lado de la línea.

—Y yo a ti.

Y dicho esto, cuelgo.

Necesito unos segundos para recobrar la compostura por completo antes de girarme hacia Cameron. Respiro, suspiro. Respiro muy hondo y repito lo anterior.

—¿Con quién hablabas?

—Con mi novio —le cuento, mientras le veo sacar varios vestidos del fondo de su desordenado armario.

—Pues déjate de romanticismos y vístete, que tenemos una fiesta pendiente.

Me río tontamente y niego con la cabeza.

La verdad es que, ahora mismo, lo último que me apetece es ir a una fiesta.

—Venga, lo pasaremos bien... —asegura con una sonrisa pícaro.

Se quita el vestido que lleva puesto y, quedándose en tanga y sujetador, continúa revisando su armario. Cameron es... guapísima. Y tengo que admitir que tiene un cuerpo de infarto. Cualquier trapito de esos que ha sacado le quedaría genial, sin duda.

—Estoy muy cansada —admito, acomodándome en mi cama.

Ella no parece dispuesta a darse por vencida tan rápido.

—Un par de cubatas y espabilarás, confía en mí —me dice, tirando de mi brazo para obligarme a ponerme de pie.

Al final, acepto.

No porque me haga cambiar de opinión, sino porque sé que no se rendirá hasta convencerme y prefiero ahorrarme una pelea absurda en la que sé muy bien que, al final, terminaré cediendo.

Veinte minutos después, estoy preparada para salir a pesar de que mi compañera continúe en tanga y sujetador, haciéndose hondas en su larga melena rubia. Al menos ya se ha maquillado y ha escogido la ropa que se pondrá para esta noche: un ajustadísimo y nada discreto top de cuero y una falda alta que, más bien, parece un cinturón ancho. Yo me decanto por un vestido normal a falta de no tener demasiado donde escoger. Cuando preparé la maleta antes de salir de casa no pensé demasiado en qué me pondría si se me ofrecía una salida nocturna. Me siento en la cama y aprovecho el tiempo muerto para mensajearme con mi madre.

—Estoy casi lista —asegura unos minutos más tarde—. ¿Con quién hablas?

Levanto la cabeza y me doy cuenta de que, a su lado, voy ridícula. Cameron está guapísima; provocativa y muy sensual.

—Con una amiga —miento, porque en el fondo sé que a mi edad nadie tiene una relación tan estrecha con su madre.

Por mucho que intentara explicarle por qué estamos tan unidas, jamás lo entendería.

Cameron se planta delante de mí con una sonrisa de oreja a oreja y me guiña un ojo con sensualidad.

—¿Cómo estoy?

—Espectacular —respondo, y no es ninguna exageración.

Ella se ríe tontamente, consciente de mi sinceridad.

—¿Y tú a qué diablos estás esperando para arreglarte?

—Voy a ir así —le digo, encogiéndome de hombros.

No me gusta maquillarme —al menos no en exceso—, no sé peinarme y tampoco tengo mucha más ropa donde elegir.

—Levántate —me ordena, cruzándose de brazos.

Obedezco y ella me inspecciona con detenimiento, de arriba abajo. Niega con la cabeza lentamente, chasqueando la lengua.

—¿Qué pasa? ¿Voy mal?

En realidad, tampoco es que me importe mucho. Derek está en la otra punta del país y no me interesa demasiado lo que puedan opinar de mí un grupo de universitarios borrachos.

—Me avergüenzas, Bridie —admite con una mueca de disgusto—. No pienso permitir que salgas con esas pintas del campus.

“Espero que sea una broma”, pienso internamente.

Pero dos segundos después, la barbie provocativa que tengo frente a mí ya se ha puesto a rebuscar en mi armario. Al ver que no tengo nada de su interés, opta por continuar la búsqueda en el suyo. Saca tres vestidos y los extiende delante de mí, para que escoja. Uno de ellos es granate y tiene un escote desproporcionado. Además, yo no tengo demasiado pecho, así que sé que no me quedará bien. El segundo es negro, de polipiel. Es corto, bastante corto, pero al menos no tiene escote. Y el tercero es de encaje, repleto de provocativas transparencias.

—El de polipiel —señalo sin mucho entusiasmo.

—Buena elección —responde con una sonrisa de satisfacción, lanzándomelo—. Y date prisa o no quedará una gota de ginebra para cuando lleguemos.

Un poco avergonzada, me desnudo frente a ella y me pongo su vestido de forma apresurada. Cameron es tan perfecta que, de alguna forma, consigue sacar a relucir todos mis complejos y que me sienta incómoda conmigo misma.

—Esto ya es otra cosa —sonríe, sacando su set de maquillaje del cajón—. Un poco de rímel y nos vamos.

Suspiro hondo, arrepintiéndome por completo por haber accedido a asistir a esa maldita fiesta.

Somos de las últimas personas en llegar a la fiesta de Will.

Aunque, según ha dicho Cameron cuando me ha visto vestida y maquillada, la tardanza ha merecido la pena.

Al llegar no pasamos desapercibidas. Casi todas las miradas que nos cruzamos se giran hacia nosotras, lo que parece encantarle a mi compañera de habitación.

—Somos las únicas chicas de primer curso a las que Will ha invitado.

—¿En serio? —respondo, elevando mi tono de voz por encima del volumen de la música.

La casa está a rebosar de gente y la música tecno suena a pleno volumen. Es increíble que, a estas horas de la noche, los vecinos no se hayan cansado de soportar el ruido y no hayan llamado a la policía. Will vive en un adosado, de forma que la vivienda más cercana queda a escasos metros de su jardín.

Cameron me agarra de la mano y tira de mí para desplazarme hacia la cocina, donde la gente está bebiendo directamente a morro de la botella. El espacio es pequeño y hay tanta gente que aquí no entra ni un alfiler, pero mi compañera se las apaña para ir dedicando sonrisas encantadoras hasta llegar a la encimera. Se apodera de dos vasos y de una botella de vodka y se apresura a abandonar la estancia con rapidez.

—Buitres —refunfuña al ver que, incluso la botella que ha cogido, se encuentra por la mitad —, no hacemos nada con esto —añade, mirándome de reojo—. Necesitamos más alcohol.

Yo la observo espantada, preguntándome si realmente estará hablando en serio o no.

—Tranquila, yo no bebo.

Ella suelta una risotada. Al parecer, mi comentario le divierte.

—Pero yo sí.

Unos minutos más tarde, encontramos a Axel, su novio, rodeado de sus amigos en el jardín. Están sentados en el suelo, sobre toallas, bebiendo y charlando tranquilamente. Suspiro, aliviada, al ver que el ambiente que les envuelve es mucho más relajado que el que hay en el interior de la fiesta.

—Pensaba que no vendrías —le recrimina Axel a Cameron, mientras ella se deja caer en su regazo.

La barbie provocativa envuelve al chico en sus brazos y aproxima su rostro al de él para poder besarle con sensualidad. Después, llena de vodka el culo de los dos vasos y me entrega uno de ellos.

—Bebe —ordena, divertida.

—No suelo... beber.

Los amigos de Axel me miran como si fuera un bicho raro, aunque Cameron no parece sorprendida con mi respuesta.

—Venga, bebe —repite.

Todos los ojos están clavados en mí, así que, finalmente, me bebo de un trago el contenido y empiezo a toser. Está asqueroso.

Cameron y su novio sueltan una carcajada antes de arrancarme el vaso de la mano para volver a llenármelo.

—¿Jugamos a verdad o prueba? —pregunta una chica del círculo.

¿Eso no es demasiado infantil?, pienso, aunque no me atrevo a responder en voz alta.

Cameron se frota las manos y asiente. Cuando veo su repentino entusiasmo, comprendo que el juegucito no será tan inocente como al que yo acostumbraba a jugar en mi infancia.

—¿Quién empieza? —pregunta otro.

—Yo misma —responde mi compañera de piso, apartándose un poco de su novio para sentarse a mi lado.

—Genial —responde el chico, antes de arrancarle la botella de las manos a Cameron.

La deja en el suelo y la hace girar con rapidez. Al final, como si lo hubiera planeado, la botella le señala a sí mismo.

—Yo ordeno, entonces —dice el chico, al que nunca hasta ahora había visto.

Es alto, guapo, rubio y de ojos azules.

Si me hubiera cruzado con él y con Cameron por la calle, sin conocerlos, hubiera pensado que eran hermanos.

—Dispara... —ronronea ella con la voz provocativa.

La gente alrededor suelta una risita.

—¿Verdad o prueba?

—Prueba —contesta Cameron de inmediato, guiñándole un ojo.

El chico, cuyo nombre desconozco, parece satisfecho con su respuesta. Como si hubiera respondido exactamente lo que él pretendía.

—Que sea prueba, entonces —dice, antes de guardar silencio un par de segundos, pensativo—. Haz que se me ponga dura, Cameron.

Me atraganto con mi propia saliva al escuchar eso.

La gente de mi alrededor aplaude o silba, expectantes. Cameron sonrío, le lanza una mirada cómplice a su novio, y después gatea lentamente, con sensualidad, hasta llegar al chico de la prueba. Se sienta sobre él, balanceándose ligeramente sobre su regazo, y comienza a besarle. El chico la rodea con los brazos, tocándola. Me quedo boquiabierta observando la escena sin poder creérmelo. Axel, que está junto a mí, sonrío con orgullo, como si estuviera pensando “mira qué bien lo hace mi novia”. Estoy estupefacta. La escena comienza a alargarse de más. El intercambio de saliva se profundiza con un ligero jadeo de placer. Cameron continúa meciéndose con suavidad sobre el chico hasta que, finalmente, baja la mano a su pantalón y le toca el miembro.

—Está dura... —sonríe, satisfecha.

Y de inmediato, se separa de él y regresa a su sitio gateando como un felino hambriento. Se relame los labios antes de besar suavemente a Axel y, después, me señala.

—Te toca.

Trago saliva y sacudo la cabeza en señal de negación, aunque sospecho que no conseguiré librarme tan fácil de este juego.

Alguien hace girar la botella en el centro. Me quedo observando cómo da vueltas y más vueltas hasta terminar señalando a una chica que reconozco de haberme cruzado con ella por los pasillos.

—No se lo pongáis difícil —me defiende Cameron—. Es una novata.

La gente se ríe.

—¿Verdad o prueba?

—Verdad —respondo, sin necesidad de pensármelo dos veces.

—Muy bien... Entonces, responde... ¿Qué es lo que te pone más cachonda cuando estás haciéndolo con un tío?

Todos, absolutamente todos los presentes se quedan mirándome.

—Demasiado fácil —dice Cameron con una risita antes de darme un codazo.

¿Haciéndolo con un tío?, repito mentalmente, a muy poco de sufrir un paro cardíaco. Supongo que se referirá a cuando estoy haciendo el amor con un chico... Y, aunque para el resto puede que

sea una pregunta sencilla, para mí no lo es. Admitir delante de todo el mundo que no soy una chica tan experimentada me avergüenza, así que pongo mi mente en marcha procurando pensar una respuesta realista. Nunca he tenido relaciones sexuales y con Derek no he llegado demasiado lejos. Un par de toqueteos superficiales y poco más. Está claro que eso no puedo responder, porque sería el fin de mi vida universitaria. Empiezo a hiperventilar, nerviosa.

—Vamos, responde.

—Prueba —contesto de la misma, convencida de que lo mejor será modificar mi elección.

Alguien suelta una risotada cerca de mí.

—Está bien, prueba —rectifica la chica. Se toma un par de segundos en sopesar el mandato, aunque no necesita demasiado tiempo—. Te lo pondré fácil, novata. Quítate las bragas.

—¿Las bragas? —repito, sudorosa y nerviosa.

Todos me están mirando.

“Es una tontería”, me digo a mí misma, insuflándome ánimos. “Puedo hacerlo”. Me pongo de pie mientras todos me observan y meto las manos debajo de mi vestido. Tiro de la goma con lentitud, evitando que la maldita tela de polipiel se suba más de la cuenta y deje al descubierto más carne de la que pretendo. Después, deslizo las braguitas hacia abajo y me las quito. Se las enseño a todo el mundo y me las guardo en el bolsillo.

—Las bragas al medio —me dice la chica.

Suspiro hondo y obedezco antes de sentarme de forma incómoda en el suelo, procurando que ninguno de mis movimientos pueda desvelar mis intimidades.

El turno pasa a la siguiente persona y, en menos de un minuto, dejo de ser el foco de atención. Suspiro aliviada mientras fulmino con la mirada a mi compañera de habitación. Gracias a ella me estoy llevando este mal rato.

—Toma, anda —me dice, pasándome el vaso—. Bebe un poco.

Axel se empieza a reír disimuladamente y yo, roja como un tomate, decido obedecer. El alcohol nubla superficialmente mis sentidos, haciéndome más desinhibida de lo que soy.

—¿Prueba o verdad?

Centro mi atención en la nueva víctima. Esta vez es un chico que no conozco de nada. Junto a él está su novia. O puede que solamente se trate de un ligue de una noche, no lo sé. El chico, pensativo, se toma unos minutos para pensárselo. Algunos impacientes comienzan a meter cizaña para que se dé prisa. Entonces me mira de reojo y me guiña un ojo. ¡A mí! ¡Me guiña un ojo a mí!

—Verdad —responde finalmente.

Le toca hacer la pregunta a otro desconocido.

Bueno, en realidad, para mí son todos desconocidos exceptuando aquellos con los que he coincidido en el almuerzo y otros pocos que me suenan ligeramente por haberme cruzado en las instalaciones de la universidad.

—De los aquí presentes, ¿con quién terminarías la noche si pudieras escoger?

La chica que tiene a su lado sonrío con satisfacción.

—Pregunta fácil. No es justo —gruñe Cameron, decepcionada.

—¿Sólo puedo escoger una persona?

—¿En serio, Nick? —salta de mal humor la chica que está sentada junto a él.

Todos sueltan una fuerte risotada, menos yo y la susodicha. La verdad es que a mí tampoco me haría ninguna gracia escucharle una bromita de ese estilo a Derek.

—Solamente una —repite el que hace la pregunta.

En vez de responder de forma inmediata, se lo piensa. Puedo ver cómo la chica con la que estaba comienza a cambiar de color. Su rostro, hasta entonces pálido, empieza a adquirir un tono enrojecido que no consigo distinguir; ¿es rabia o vergüenza?

Cameron, que está a mi lado, suelta un divertido “uuuuu” mientras él todavía medita, indeciso.

—Terminaría la noche con la novata —concluye, señalándome y guiñándome un ojo.

—¡Eres un cabronazo! —escupe la chica, levantándose del suelo, rabiosa—. ¡Imbécil!

La veo alejarse, enfurecida.

Yo, mientras tanto, ni siquiera sé dónde meterme. Esto es demasiado embarazoso...

—Creo que jugar a esto no es muy buena idea... —susurro para que solamente Cameron pueda escucharme.

—Pues estás arrasando —replica mi compañera de habitación.

Sonrojada, sopeso la idea de levantarme y marcharme. Pero eso solamente serviría para que, nuevamente, todas las miradas vuelvan a enfocarse en mi persona. Además, mi turno ya ha pasado y hasta que la batuta regrese a mí, aún falta prácticamente toda la circunferencia. Los turnos van pasando y las preguntas y pruebas cada vez se vuelven más calientes y eróticas. La mayoría de las chicas terminan sin camiseta o en ropa interior antes de que el turno vuelva a estar próximo a Cameron. Algunos chicos también acaban en calzoncillos. Me quedo espantada cuando, en una de las pruebas, se reta a dos chicas a lanzarse a la piscina, desnudarse por completo y besarse en el

agua. Y lo hacen. Creo que es en ese instante en el que decido que ya va siendo hora de regresar al campus.

—Me marcho —aseguro, acercádome al círculo en busca de mi ropa interior.

Cameron me detiene, pegándome un tirón del brazo.

—Si te marchas, te quedas sin prenda —me dice.

Los presentes se empiezan a reír.

Desvío la mirada hacia las dos chicas de la piscina; parecen estar divirtiéndose, aunque si he de ser sincera, yo no termino de pillarle la gracia a este juego. No, en absoluto.

—¿En serio? —inquiero, sin poder creérmelo.

Pero, ¿para qué diablos quieren mis bragas?

—En serio.

“Pervertidos”, pienso para mí misma.

Me encojo de hombros, acorralada.

—Está bien... Paso —refunfuño, levantándome del suelo.

Nada más hacerlo, siento cómo empiezo a marearme. La visión se me emborrona y todo el vodka que he ingerido comienza a hacer efecto de golpe, dejándome anestesiada y aturdida. Procuo caminar en línea recta hasta el interior de la casa, pero al sentir todas las miradas en mi espalda no puedo evitar ponerme nerviosa y trastabillar un poco con mis propios pies. Nada más entrar, me siento libre. Por fin he conseguido escapar de ese maldito juego y de Cameron y sus locuras. Nota mental de suma importancia: “no volverme a dejar engatusar por mi compañera de habitación”.

Tiro de mi vestido, bajándolo todo lo posible para tapar mis vergüenzas más íntimas. La casa continúa hasta arriba de gente y la música sigue sonando a pleno volumen. ¿Es que acaso los vecinos no duermen? ¿No les importa lo más mínimo este desastre? ¿Cómo es posible que nadie llame a la policía para poner orden? Esquivo a la muchedumbre hasta salir al exterior y, cuando lo consigo, respiro hondo inundando mis pulmones con el frío y húmedo ambiente de la noche. Reviso mi reloj de muñeca; son las tres de la mañana. Demasiado tarde, teniendo en cuenta que en un par de horas sonará mi despertador y tendré que comenzar a prepararme para la primera clase del día.

Acelero el paso con la intención de llegar lo antes posible a mi cama. Tengo sueño y, ¿para qué negarlo? Estoy bastante borracha. Noto mi cabeza embotellada y pensar con lucidez me resulta tan complicado como caminar en línea recta. Para rematar, empieza a chispear y hace frío.

¿Por qué diablos le habré hecho caso a Cameron? ¿Por qué no me he quedado durmiendo plácidamente? Bueno, en realidad, esas preguntas son absurdas. Sé perfectamente que he salido para evadirme de mi ansiedad y evitar darle más vueltas a la distancia que hay entre Derek y yo. En el fondo, no importa lo mucho que él intente convencerme de que todo saldrá bien; sé que esto no es bueno. No puede serlo. Y sé que, de un modo u otro, terminará pasándonos factura.

Estoy demasiado concentrada pensando en mis propios problemas cuando me tropiezo con una alcantarilla mal asfaltada que hay en el suelo. Me voy cayendo a cámara lenta y sé, antes de tocar el baldosado, que el golpe que voy a darme será monumental. Estiro las manos para amortiguar el impacto de la caída y... ¡Zas! ¡Al suelo!

—Mierda... —murmuro mientras un ardor asciende por mis piernas y por las palmas de mis manos.

Me miro estas últimas; están despellejadas, pero parece que no me he roto ningún hueso ni nada por el estilo.

—¿Estás bien?

Levanto la cabeza abochornada, rezando internamente porque no se trate de ninguno de los amiguitos de Cameron. Pero no. Es mucho peor.

—Sí —consigo responder después de tragar saliva repetidas veces.

Su mirada azul me penetra a fondo mientras yo intento mantener la compostura y no ponerme nerviosa. O, al menos, no más nerviosa de lo que ya estoy.

¿Qué hace aquí, en la entrada del campus, a estas horas de la madrugada? Me esfuerzo por controlar mi respiración y tranquilizarme. Tengo el pulso acelerado y eso provoca que todavía me maree más. El profesor Wayne descende la mirada lentamente hasta mis pantorrillas y, en ese mismo instante, caigo en la cuenta de que no llevo ropa interior. Tiro del vestido, bajándolo, y me pongo de pie con gran esfuerzo. Me tiemblan las piernas y creo que me he torcido ligeramente el tobillo. Él se apresura a sujetarme para que no pierda el equilibrio y yo clavo mis ojos en los suyos. ¡Por Dios! ¿Cómo se las apaña para causar este efecto en mí? ¡Es devastador!

—Mañana hay clase, así que creo que deberías irte a dormir cuanto antes a no ser que tengas pensado hacer novillos.

—Para nada —respondo de forma apresurada.

Me esfuerzo por dibujar una de mis encantadoras sonrisas, pero no me sale. Él tiene algo que consigue bloquearme y paralizarme por completo.

—Pues si no necesitas ayuda...

—No, no. No la necesito.

Wayne asiente.

—Buenas noches, entonces.

—Buenas noches —murmuro con timidez.

Suelta mi brazo y yo comienzo a alejarme de él con una breve cojera que no consigo disimular. Ha sido un buen porrazo.

Por alguna razón incomprensible para mí misma, ese hombre se ha convertido en una obsesión. No puedo dejar de pensar en él por mucho que lo intente y, cuando está cerca de mí, no consigo concentrarme y ser yo misma por completo. Es como si absorbiese mis capacidades y me transformase en una cáscara vacía.

Consigo llegar a mi habitación. Me quito el vestido y el sujetador, inspecciono mis heridas de guerra —que gracias a Dios no son más de dos rasponazos superficiales y un tobillo un poco hinchado—, y me pongo el pijama.

Me tumbo en la cama y cierro los ojos. Son casi las cuatro de la mañana y tengo que aprovechar hasta la última hora de sueño que me queda antes de que el despertador de mi móvil empiece a sonar. Tic, tac. Tic, tac. Puedo escuchar el segundero de mi reloj de muñeca girando sin parar, como si estuviera retándome. “Duérmete, Bridie”. Pero no lo consigo porque mi mente está demasiado ocupada destripando y analizando una de las frases del guapo profesor: “mañana hay clase”. Y sí, en efecto, tengo clase con él a primera hora de la mañana. ¿Se referiría a eso o, simplemente, había generalizado? Quizás se refería a que mañana era día laboral, sin más pretensiones. “O puede que no. Puede que sepa que mañana a primera hora estrena asignatura con los alumnos de primer curso. Es decir, contigo”.

—Deja de pensar en tonterías y duérmete ya, Bridie —me recrimino en voz alta.

Pero no sé por qué, sospecho que las cuatro horas que me quedan de sueño las pasaré cavilando.

¿Por qué diablos no puedo dejar de pensar en esos malditos ojos azules?

Me despierto aturdida y resacosa.

Me duele la cabeza horrores, estoy muerta de sueño y tengo unas horribles ojeras amoratadas que remarcan mi mirada haciéndome parecer un muerto viviente.

Me arrastro hasta los vestuarios de mujer, me doy una ducha de agua fría para despejarme y regreso a mi habitación envuelta en una toalla porque, para rematar, se me ha olvidado coger la ropa que me pondré hoy.

Cameron duerme plácidamente mientras yo me visto. Más bien, ronca como un oso de las cavernas. Me decido por un vestido floral, muy primaveral y discreto, y unas sandalias planas que tengo desde hace miles de años. Están un poco desgastadas, pero sientan de maravilla y son muy cómodas. Cameron vuelve a soltar otro ronquito y yo la observo de reojo. Se quedó dormida en ropa interior y está medio tapada. Cuando llego, yo ya dormía, así que no recuerdo la hora. Supongo que hoy no será su mejor día y que, por culpa de la fiestecita de anoche, se perderá varias horas de clase. La verdad, dudo muchísimo que vaya a ser capaz de despertarse antes del mediodía.

Cojo mi carpeta y mi estuche antes de abandonar la habitación. Mientras camino por el pasillo, me observo el rasponazo que tengo en la pantorrilla y las heridas de las palmas de mis manos. La noche está un poco confusa, pero soy capaz de recordar casi a la perfección el instante en el que el profesor Wayne y yo nos encontramos. Me hubiera gustado que las circunstancias hubieran sido otras, pero supongo que no hay marcha atrás. Estoy llegando al aula cuando recuerdo el jueguito de anoche y me ruborizo al pensar en el beso que Cameron y ese chico se dieron. Sin pudor, sin vergüenza, sin importar el público que tenían alrededor. Me imagino a Derek en Surray, jugando a algo parecido y... ¡Dios! ¡Creo que lo mejor será no pensarlo!

¿Sería capaz de hacer algo así? Lo peor de todo es que marché antes de que el espectáculo terminase y no tengo ni idea de lo que sucedió después. Aunque, si he de ser sincera conmigo misma, no me extrañaría lo más mínimo que hubiera terminado en una orgia en la piscina o algo similar. ¡Son unos pervertidos!

Me siento en una de las primeras filas. El aula ya está casi al completo, aquí delante aún quedan sitios vacíos. Al parecer, la mayoría de los estudiantes prefieren pasar desapercibido y sentarse al fondo, donde el profesor no pueda vigilar cada uno de sus movimientos. Me doy

cuenta, además, de que la mayoría de las que estamos en primera fila somos mujeres. Y no me extraña. Sería inocente pensar que soy la única fémica sobre el planeta tierra que no consigue olvidar esa mirada azul intensa tan fácilmente.

De pronto, el murmullo de los estudiantes desaparece. El profesor Wayne entra por la puerta y el silencio se instala en el aula. Me fijo en él; va guapísimo vestido, con unos pantalones vaqueros y una camisa de cuadros. Lleva los dos primeros botones desabrochados, dotándole de un aire despreocupado y desenfadado. “¡Qué joven es...!”, pienso, ensimismada.

Me doy cuenta del asombroso poder que ejerce ese hombre en mí y me ruborizo de forma inconsciente. Dos segundos después, me imagino que, en la otra punta del país, Derek podría estar suspirando de esta misma manera por alguna de sus profesoras. ¿Cómo me sentiría si así fuera? Fatal, supongo. Aunque por otro lado, tener un amor platónico no es un delito. Ni una traición.

—Bienvenidos y bienvenidas a todos —dice en voz alta mientras va colocando varios bártulos sobre la mesa: su ordenador, libretas, bolígrafos—, soy Harding Wayne, al menos durante este curso, impartiré la asignatura de Finanzas.

La chica que se ha sentado a mi lado suelta un suspiro. La observo de reojo y me doy cuenta de los ojitos de enamorada que entorna mientras mira a nuestro profesor. A Harding. Harding Wayne.

¡Dios Santo! ¿Cómo es posible que incluso su nombre suene tan sexy? “Harding”. Sin más preámbulos, nuestro guapo profesor continúa con una breve explicación sobre los temarios de la asignatura y después pasa a la introducción principal. Yo le miro embobada. Sé que debería de estar tomando apuntes, pasando notas a limpio y prestando la máxima atención a sus palabras; pero no puedo. No lo consigo. Su forma de moverse, de hablar, de escribir en la pizarra... Todo lo que hace me resulta tan hipnotizante que no necesito sumar dos más dos para ser consciente de que necesitaré meter muchas horas a la asignatura de forma personal y lejos de esta aula si pretendo aprobarla. Y lo pretendo, por supuesto. Sé que si suspendo subirán mi próxima cuota —eso sin contar la renovación de la matrícula— y no puedo permitirme algo semejante. Imposible. Mi madre ya trabaja demasiado para que yo pueda estar donde estoy como para complicarle más la vida.

En varios momentos de la clase la mirada de Wayne se posa sobre mí. Una pequeña parte de mi subconsciente quiere pensar que me ha reconocido, que sabe perfectamente que soy la chica de anoche y la misma con la que tropezó días atrás. Me imagino que se cruzará con millones de estudiantes cada semana, pero de verdad anhelo que en mí haya visto algo diferente. Algo que me haga especial.

La clase termina y mis compañeros comienzan a recoger sus pertenencias para salir

escopetados a la siguiente asignatura. Miro fijamente la página en blanco de mi libreta, intentando recordar sobre qué ha tratado la clase de hoy. Pero nada. Mi mente está en blanco y no he cogido ningún apunte. Al parecer, he estado demasiado ocupada devorando con la mirada a Harding Wayne como para centrarme en la vida real.

Siento cómo mi teléfono móvil vibra sobre mi regazo y desbloqueo la pantalla. Es un mensaje de Derek. “Te quiero y cada segundo te extraño más”. Sonrío tonta y felizmente. “Yo a ti te quiero más”, aseguro, respondiendo al segundo y desconectando del hipnótico profesor de Finanzas. Tengo un novio que me quiere, que me respeta y que está dispuesto a luchar por nuestra relación. Creo que lo justo sería centrarme en él y aportar mi granito de arena para que lo nuestro funcione a pesar de la distancia. Se acabaron las fiestas con juegos eróticos y las distracciones innecesarias a causa de profesores sexys. Tengo que centrarme.

—¿Baker? ¿Bridie Baker?

Levanto la cabeza al instante y... ¡Aquí está, frente a mí! Con esos malditos ojos azules clavados en mí. Ruborizada, me fijo en su sonrisa de medio lado y en lo sensual que le queda revolverse la mata de pelo con esa picardía. Me pregunto si será consciente de las pasiones que levanta entre las estudiantes o si, simplemente, será uno de esos hombres inocentes que intentan pasar de forma desapercibida por la vida.

—Sí, soy yo.

Me dedica una breve sonrisa y yo me derrito. ¿Cómo diablos voy a conseguir aprobar Finanzas y Matemáticas si ni siquiera soy capaz de tener una conversación sensata con él? Es mirarle y perder el juicio por completo.

—¿Estás bien? Te he visto un poco distraída durante la clase.

“Genial”, pienso, “ahora se pensará que soy una imbécil”.

—La verdad es que... —murmuro, sin saber muy bien qué decir.

Wayne baja la cabeza y se queda mirando mi libreta vacía. Se estará preguntando por qué no he tomado ningún apunte.

—Es que mi nivel en Finanzas es bajísimo —concluyo, pensando que esa excusa debe de ser la más absurda que ha escuchado en su vida de docente—. Vengo del instituto municipal de Rosyth y la verdad es que...

Me muerdo el labio sin saber qué añadir. La verdad es que, ¿qué? ¿A quién diablos pretendo engañar? Suspiro y decido dejar la frase en el aire para no seguir profundizando en mi metedura de pata.

—Ya veo —susurra en voz baja, echando un vistazo a nuestro alrededor.

Yo hago lo mismo.

No hay nadie. Nos hemos quedado a solas. Él y yo. Nadie más.

No sé qué decir para romper el silencio que hay entre nosotros. Sopeso la idea de levantarme y recoger mis cosas para no alargar esto innecesariamente, pero desecho la idea porque tenerle tan cerca me pone muy nerviosa. Me tiemblan las piernas. Quizás, levantarme y acortar aún más las distancias, conlleve a que por tercera vez consecutiva termine de cara al suelo delante de él.

—Verás, a veces suelo hacer algunas excepciones especiales y doy clases particulares de refuerzo a aquellos alumnos que más lo necesitan. Si tu nivel es tan bajo como crees, quizás te convendría un extra.

—Sería genial —respondo sin dudar, con una sonrisa de niña idiota y estúpida en la cara.

¿Por qué no soy capaz de comportarme con normalidad?

—¿El lunes a las nueve?

Hago mi esfuerzo por recordar mi calendario para saber si el próximo lunes tengo clase a primera hora.

—No sé si tengo clase —respondo con sinceridad, devanándome los sesos internamente.

Pero nada. No recuerdo el maldito horario.

—A las nueve de la noche —especifica, guiñándome un ojo.

¿De la noche? ¿A las nueve de la noche?

¿Qué clase de profesor imparte clases particulares a esas horas?

—¿De la noche? —repito, atontada.

“¿Y si solamente es una excusa para verme?”.

—¿Te viene mal?

“Piensa en Derek, Bridie”, me digo a mí misma. Pero en lugar de asentir, sacudo la cabeza en señal de negación y dibujo una radiante sonrisa.

—Entonces nos vemos el lunes —dice a modo de despedida.

Se da la vuelta y yo aprovecho para recoger mis bártulos con rapidez.

Me siento aletargada. No sé a dónde tengo que ir, ni qué clase tengo ahora mismo. Me miento a mí misma diciéndome que se debe al sueño que tengo, a lo poco que he dormido y los efectos secundarios que el alcohol ha dejado en mi cuerpo. Pero no. Sé muy bien que no es así.

Salgo corriendo del aula y, cuando por fin estoy a solas en el pasillo, respiro. Respiro hondo y profundamente, consciente de lo nerviosa que he estado hasta este momento. Tenía los músculos en tensión y me sentía extraña, como si mis extremidades no respondieran a las órdenes de mi cerebro.

Necesito varios minutos para orientarme y recapacitar, aunque ni siquiera entonces consigo ser al cien por cien yo misma. No importan las horas que pasen, porque después de esa pequeña charla no vuelvo a ser “yo”. El próximo lunes a las nueve de la noche, veré a Harding Wayne a solas para una clase particular. Debería de ser muy inocente y estúpida si me creo que esa cita no conlleva una segunda intención detrás, ¿no? Es decir; él es guapísimo y yo solamente soy una chiquilla sin más, pero entonces, ¿por qué a esas horas? ¿Cómo es posible que me haya ofrecido una clase particular a la primera de cambio? No, no soy tan inocente. Sí que hay una segunda intención detrás.

—Tienes novio Bridie... —suspiro, recordándome a mí misma mi situación sentimental.

Sí, tengo novio. Y uno muy bueno, además.

Eso, sin contar que soy virgen, que jamás he ido por ahí provocando a hombres mayores que yo y que, además, cualquier tipo de acercamiento con el profesor Wayne pasaría factura a mi carrera universitaria. ¿Cómo actuaría en las clases? ¿Sería ganarme el aprobado suciamente?

Esa noche, cuando por fin he dejado atrás las largas horas de estudio, llego rendida a mi habitación. Cameron no está, así que estoy sola. Estoy tan cansada que nada más tocar el colchón de mi cama, se me comienzan a cerrar los ojos. Pero por muy somnolienta que me encuentre, mi cabeza no deja de dar vueltas y más vueltas, así que el sueño no me alcanza. Tengo que cancelar la cita con Wayne, sí. El problema es que, ahora mismo, tampoco sabría cómo hacerlo. “Gracias por el ofrecimiento, señor Wayne, pero creo que estudiaré por mi cuenta”. Quizás pueda decirle, muy amable y educadamente, que ya he contratado a otro profesor particular. O directamente, podría insinuarle que no soy esa clase de chica “indecente”. No, no, no. “Eso último será mejor descartarlo”. ¿Y si se piensa que voy a denunciarle a la jefatura de estudios? ¿Y si se asusta y me abre un expediente? A fin de cuentas, no ha pasado nada. Solamente ha sido una pequeña insinuación y él siempre podrá defenderse diciendo que yo le he malinterpretado.

Son casi las once de la noche. Mañana es viernes y también me espera un día duro por delante, pero los minutos pasan y yo sigo sin poder dormir. Intento dejar de lado mi “preocupación principal” y por unos segundos pienso en Derek. Hoy nos hemos pasado el día entero mensajeándonos. Al parecer sí que me echaba de menos, y mucho. Supongo que, por muy sencilla que haya resultado su adaptación al cambio, la diferencia con nuestro estilo de vida habitual sigue siendo abismal. También he aprovechado para llamar a mi madre; está bien, trabajando tanto como

siempre. Y para mi satisfacción personal, también me añora muchísimo. Es agradable escucharlo, porque empezaba a pensar que era una de esas chicas psicóticas demasiado dependientes de su casa y su familia —y aún así, tengo mis serias dudas sobre si lo soy o no—.

Al final, mi último pensamiento antes de quedarme dormida no es sobre mi madre ni sobre Derek. Es sobre Harding Wayne.

¿Alguna vez se os ha metido alguien muy fuerte dentro de la cabeza? De pronto, no consigues concentrarte y todos tus pensamientos terminan derivando hacia esa persona en concreto, como si el mundo entero girase entorno a ella.

A mí no me había pasado nunca. Hasta ahora. Es como si, de pronto, te obsesionases insanamente con él o ella. En mi caso, con él. No sé qué tiene de especial ni qué desprende para causar este efecto en mí. La verdad, en mis diecinueve años de edad, he visto muchos hombres mil veces más atractivos que él. Entonces, ¿qué me pasa? ¿Por qué no consigo sacármelo de la cabeza y concentrarme en mi vida? Ahora mismo tengo demasiadas preocupaciones como para perder la cabeza de este modo.

Miro el reloj. Faltan pocos minutos para que termine la clase y toque el cambio de aula. Mi próxima hora será con él, con Wayne. Matemáticas. No es que se me den demasiado bien, pero tampoco soy mala. Desde luego, conseguiré apañármelas mejor que en economía. Vuelvo a mirar el reloj. Un minuto y le veré. Es extraño, porque al mismo tiempo tengo ganas de verle y, a su vez, de que no aparezca nunca más frente a mí. Me prometo a mí misma que hoy me esforzaré por no distraerme y parecer estúpida y que, además, hablaré con él para cancelar la “clase particular” del lunes. Será lo mejor, sí. Lo último que necesito ahora mismo son más distracciones.

Cuando quiero darme cuenta, el resto de mis compañeros ya están recogiendo sus pertenencias para abandonar el aula. Me apresuro a hacer lo mismo, nerviosa. ¿Y por qué diablos me siento así? ¿Por qué tengo que estar nerviosa? “Puede que me esté enamorando de Harding Wayne”, pienso, pero no tardo demasiado en desechar ese absurdo y estúpido pensamiento. No, no me estoy enamorando. En realidad, ya estoy enamorada desde hace mucho tiempo y ese enamoramiento tiene nombre; Derek. Camino por el pasillo, distraída, intentando recordar cómo fue mi flechazo con él. Bueno, en realidad, no fue un flechazo propiamente dicho. Más bien fue algo progresivo, algo que se cocinó a fuego muy, muy lento. Derek era mi mejor amigo, mi compañero, mi mitad. Mi apoyo incondicional. Desde que le conozco, así ha sido. Derek siempre ha estado ahí para mí, cuidándome y esperándome. No recuerdo el momento preciso en que pasé de verle como un simple amigo a algo más... Simplemente ocurrió. Pero para entonces yo ya le conocía bien, muy bien. Sabía casi todo sobre él; dónde vivía, cómo era, su forma de ser, qué clase de estudiante era, quiénes eran sus amistades más próximas... Quizás por esa misma razón soy una de esas chicas que no creen en el amor —ni siquiera en la atracción— a primera vista. Es imposible enamorarse de alguien de quien no sabes absolutamente nada.

—Ey, Bridie —saluda Cameron, enganchándose a mi brazo—. No te veía desde la fiesta.

La miro de reojo y le dedico una sonrisa fugaz.

—Sí, desde la fiesta —confirmo, revisando los carteles de las aulas para comprobar cuál es la que me corresponde.

—¿Te gustó?

Suspiro hondo, sopesando si ser sincera o no.

—La verdad es que no es mi estilo —admito—. Ese tipo de juegos no van conmigo.

—Te terminarán gustando —asegura con convicción.

“No lo creo”, pienso, aunque decido no contestarle. No me apetece una larga explicación para escuchar sus argumentos.

—¿Matemáticas?

—Sí...

—Pues es aquí —me dice, deteniéndose frente a un aula y señalándola con la mirada—. Por cierto, toma.

Cameron rebusca en sus bolsillos y saca un caramelo de menta para entregármelo.

—¿Contiene algún tipo de estupefaciente o algo similar? —inquiero, escrutando a mi compañera de habitación de hito a hito.

La verdad es que, ahora mismo, no me fío ni un pelo de ella.

Cameron, divertida con mis comentarios, se echa a reír como una loca.

—No seas tonta —ríe—. Es porque te huele mal el aliento.

Frunzo el ceño.

“¿Qué me huele mal el aliento?”, repito mentalmente. Imposible. A mí nunca me ha oído mal el aliento.

La rubia de piernas largas que me ha tocado como compañera se adentra en el aula mientras yo me echo el aliento a mí misma. No huelo nada. Aún así, abro el caramelo y me lo meto en la boca.

Harding Wayne ya está en su puesto, esperando a que todos los recién llegados nos vayamos sentando. Esta vez procuro ser un poco más inteligente y me decanto por uno de los sitios libres que quedan al fondo de la clase. Supongo que pasar desapercibida a esta distancia será mucho más sencillo que en primera fila. Wayne empieza a hablar. Nos da la bienvenida a la clase de matemáticas y nos explica cómo procederá el trimestre. No necesito más de dos segundos para

quedarme hipnotizada, observándole. Es como si de algún modo incomprensible ese hombre consiguiera robarme la razón.

Veo a Cameron en primera fila, sentada junto a otro grupo de chicas que suspiran en silencio por el guapo profesor. Desde esa distancia, deben de tener unas vistas considerablemente buenas. Una punzada de envidia me recorre de pies a cabeza y, de pronto, me arrepiento de haber escogido este sitio tan lejano. Transcurridos treinta minutos de clase, comprendo que he hecho muy bien. No me he enterado de nada, pero al menos él no será consciente de ello.

Me prometo a mí misma que cuando suene el timbre me acercaré a Wayne y suspenderé la clase del lunes. Pero cuando la clase termina y todos comenzamos a recoger, soy consciente de que no cumpliré mi promesa. No puedo. El simple hecho de pensar que debo acercarme a él y hablarle cara a cara hace que mis pies se paralicen.

“¿Qué diablos pasa contigo, Bridie?”, me recrimino a mí misma, sintiéndome como una estúpida.

En el exterior ya ha anochecido y los pasillos de la universidad están oscuros. La iluminación es escasa y el silencio reina entre los ladrillos de Saint George.

Es lunes y la mayoría de los estudiantes ya están dormidos o, al menos, en sus respectivas habitaciones. A nadie se le ha perdido nada a las nueve de la noche y menos aún, en el área de aulas de la universidad.

Estoy nerviosa. Tengo el pulso acelerado y me tiemblan ligeramente las piernas. Me planto frente a la puerta de Finanzas y me recuerdo a mí misma que aún estoy a tiempo de darme la vuelta y marcharme. “Todavía no ha pasado nada, Bridie”, me digo a mí misma, procurando pensar en Derek y en lo que estoy a punto de hacer. Llevo todo el fin de semana ignorándole; evitando contestar sus llamadas y respondiendo a sus mensajes con monosílabos. Supongo que se debe a lo culpable que me siento por lo que estoy a punto de hacer; acostarme con Harding Wayne. “Date la vuelta y vete”, me ordena mi subconsciente. ¡Por Dios! ¿Cómo diablos puedo estar planteándome tan en serio entrar en esta aula? Está claro que yo no soy la única jovencita de la universidad en la que Wayne ha tenido que centrar su atención. Y, además, soy virgen. ¡Nunca me he acostado con nadie! En definitiva, si tiro de esa manilla y entro ahí, lo más probable es que termine perdiendo la virginidad con un hombre mucho más experimentado que me saca más de diez años de edad y que, para rematar, es mi profesor. Podría terminar metida en un buen lío por esto que voy a hacer, pero en el fondo quiero hacerlo. Deseo demasiado que ocurra. Quizás, después de esta noche, me dé cuenta de la obsesión tan absurda que he sentido y pueda poner punto y aparte a mis pensamientos morbosos. No lo sé.

Tiro de la manilla. Me tiemblan las piernas y estoy nerviosa. Si me lo llegan a decir unos días atrás, hubiera asegurado ante cualquiera que yo no era capaz de hacer algo así. De plantearme seriamente engañar a Derek con ningún otro chico. De cometer una locura semejante.

Abro la puerta muy despacio hasta que mi mirada choca con la de Harding Wayne. Con esos ojos azules. Siento que me quedo sin aliento y necesito recordarme a mí misma que si uno no respira, se asfixia. Sí, supongo que este es el principal efecto secundario que Wayne causa en mí; asfixia. Me paraliza. Me hipnotiza. Me absorbe. Tiene la capacidad de anular todos mis sentidos, de volverme loca de remate y de hacer desaparecer la Bridie que hasta ahora siempre he sido —y querido ser—. Siempre creí que era una chica con juicio, responsable y formal, pero... Pero esto que estoy haciendo no encaja con la persona que creía ser.

—Pasa y siéntate, por favor —me pide seriamente.

Y yo obedezco, claro.

Muevo mis pies, uno detrás del otro, concentrándome en cada paso para no tropezarme conmigo misma y terminar dándome de bruces contra el suelo. Wayne aparta la silla y yo tomo asiento a su lado.

—Llegas tarde —me dice, comprobando su reloj de muñeca—, creí que no vendrías.

—Lo siento...

El hilillo de voz que abandona mis entrañas es prácticamente inaudible. Estoy nerviosa. Me tiemblan las manos y mi pulso cada vez está más y más acelerado. ¿Estaré a punto de sufrir una taquicardia? ¿Un infarto? ¿Un desmayo?

—Bridie... Relájate —susurra, abriendo un cuaderno delante de mí—. Estamos aquí para repasar los conceptos básicos de mi asignatura.

Asiento con la cabeza y agacho la mirada hacia el cuaderno.

—Yo no obligo a las mujeres a nada que no quieran, ¿entiendes? Esto es una clase particular. Hasta dónde llegemos es únicamente decisión tuya...

Alzo la cabeza y me encuentro con su mirada. Con esos penetrantes e intensos ojos azules que me roban la respiración. Me muerdo el labio, cada vez más nerviosa. “Hasta dónde llegemos es únicamente decisión tuya...”, repito mentalmente, concienciándome de lo que me ha querido decir. Entonces, estaba en lo cierto. Esto no era una simple clase particular... Wayne levanta el brazo y coloca su mano ahuecada en mi mejilla, acariciándola muy suavemente. Su rostro cada vez está más cerca del mío, tanto que percibo su aroma varonil. Trago saliva, cierro los ojos y decido que lo mejor será dejarme llevar. Eso, o salir corriendo. Una de dos. Una pequeña parte de mi subconsciente me repite sin descanso que Derek no se merece este tipo de comportamiento por mi parte; pero otra parte, la más fuerte, desea demasiado lo que está a punto de ocurrir. Lo anhela. En realidad, sé muy bien que llevaba soñando con que esto ocurriera desde ese primer encuentro en el pasillo del campus. Sus labios chocan con los míos. Húmedos, suaves, experimentados. Su lengua se adentra en mi boca mientras su mano, la que hacía pocos segundos se mantenía posada en mi mejilla, se desliza hasta mi nuca. Un calor hasta entonces desconocido arrasa con mis entrañas y se instala en mi bajo vientre. Todo da vueltas a mi alrededor y necesito abrir los ojos para volver a percibir la noción de la realidad. La otra mano de Wayne se posa sobre mi pierna y comienza a ascender muy lentamente, deslizándose hacia el interior de mi muslo. Harding detiene el beso, se aparta brevemente de mí y me devora con la mirada, haciéndome temblar de pies a cabeza. Mi pecho sube y baja, desbocado. Mi corazón palpita a tanta velocidad que creo que en cualquier instante sufrirá un colapso. Él me aúpa en brazos y me sube a la mesa antes de tirar de

mi camiseta para sacármela por la cabeza. Le repaso con la mirada, excitada, sin pasar por alto el marcado bulto que asoma por debajo de su pantalón. “¡Oh, Dios!”, pienso, mientras sus manos aprietan mis senos. Me besa con tanta pasión que se me nubla el juicio y solamente pienso, deseo y anhelo, que me haga suya aquí mismo. Sobre esta maldita mesa.

Me doy cuenta de lo poco asustada que estoy. Hace algunos meses, cuando supimos que Derek y yo íbamos a estar alejados por culpa de la universidad, hablamos sobre “el sexo”. Ambos creíamos que debíamos de hacerlo antes de que llegase el momento; pero yo aún no estaba lista. Estaba muerta de miedo. ¿Dolerá? ¿Lo haré bien? ¿Estaré a la altura? El solo hecho de pensar en ello me hacía temblar de espanto. Y ahora... Ahora no es Derek quien tengo frente a mí. Es Harding Wayne. Un desconocido que me saca demasiados años, a quien debo un respeto por ser mi profesor y con el que, además, no he cruzado más de cuatro palabras seguidas sin tartamudear como una estúpida. Y no tengo miedo. Lo deseo tanto, que duele. Wayne desabrocha mi sujetador y observa mis senos con una sonrisa pícaro y traviesa. Después me besa la clavícula y comienza a descender suavemente, deslizando su lengua como si esta fuera una serpiente reptando, hasta alcanzar uno de mis pezones. Arqueo la espalda y echo la cabeza hacia atrás para ahogar un grito de placer. Dios... ¡Dios!

—Voy hacerte todo lo que se me ocurra, Bridie... —gime, aún con mi pecho en su boca.

Me muerdo el labio, ahogando un gemido sordo de placer.

Cierro los ojos, rindiéndome a él, cuando un estruendo ensordecedor me obliga a volver a la realidad de golpe y porrazo. Abro los ojos. Todo está oscuro, demasiado oscuro. Necesito un par de minutos de más para comprender que estoy en mi habitación, en mi cama, y que Harding no está cerca de mí. Todo ha sido un sueño.

Enciendo la luz de la mesilla. Tengo el corazón acelerado y la respiración agitada. Cameron no está, así que supongo que el golpe que me ha arrebatado los sueños ha sido la puerta de la habitación, cerrándose. Necesito un par de segundos para recuperar el aliento y cuando por fin consigo calmarme, me doy cuenta de las inmensas ganas que tengo de echarme a llorar. Joder. ¿Por qué me habré despertado? ¿No podía aguantar dormida un poco más? He soñado con Harding Wayne y estaba siendo uno de los mejores sueños de mi vida.

Apago la luz de la mesilla, me dejo caer sobre el colchón y cierro los ojos de nuevo. Quiero volver al sueño. Quiero volver a estar ahí, con él. Noto cómo los ojos se me van encharcando poco a poco bajo los párpados. Se ha ido. El momento ha pasado, y por mucho que quiera regresar a él, ya es tarde. Intento recordar su olor fuerte y masculino mientras me pregunto si será producto de mi imaginación o si, en realidad, Wayne huele así. No lo recuerdo. Suspiro hondo, más relajada. Sin ser muy consciente de lo que estoy haciendo, desciendo mi mano lentamente

hasta mi pantorrilla. Me detengo en la misma posición en la que él me estaba tocando antes de despertarme, y poco a poco voy subiendo por encima del pijama hasta llegar a la goma del pantalón. Meto la mano dentro y cierro los ojos. Imagino su mirada azul penetrante y sus labios carnosos besándome. Nunca antes había hecho esto. Nunca jamás me había tocado a mí misma. Introduzco la mano bajo mis bragas y me doy cuenta de lo húmeda y caliente que estoy. Soñar con Harding ha despertado en mí más sentidos de los que creía tener. Con la otra mano me levanto la camiseta de pijama, dejando al descubierto ambos pechos. Me masajeo lentamente uno de ellos, sintiéndome torpe y un poco absurda por lo que estoy haciendo. Suspiro, excitada, recordando la forma en la que él deslizaba su lengua por la misma zona que ahora me pellizco suavemente a mí misma y comienzo a masajearme mi zona íntima. Sin pensar en nada, solamente en él. En su mirada, su voz, su sonrisa, sus manos en mi piel... Cada vez estoy más húmeda, más excitada hasta que, al final, exploto. No necesito más que unos minutos para hacerlo, porque el simple hecho de pensar en él hace que ya pierda la cabeza por completo.

Saco la mano de mi pantalón y me recoloco el pijama. Unos segundos después, Cameron regresa a la habitación. Supongo que habrá salido para ir al servicio. Me coloco de espaldas a la pared y finjo continuar durmiendo plácidamente, aunque en el fondo sé que no conseguiré conciliar el sueño tan fácilmente.

Me quedo mirando la máquina expendedora, sin saber qué escoger. Caramelos o chicles. Al final, me decido por los caramelos de fresa y nata, esos que son “sin azúcares añadidos” y que parecen tan sanos —aunque todos sabemos que sólo es un engaño más—. Masticar chicle siempre me ha resultado tan cansino como aburrido, por partes iguales.

Tengo tres llamadas de Derek y un par de mensajes suyos. Sé que no puedo ignorarle para siempre, pero antes de devolverle la llamada necesito centrarme y pensar con claridad. Hasta hace unos días mi única preocupación radicaba en superar la distancia que había entre nosotros, pero ahora mismo necesito aclarar mis pensamientos antes de contactar con él. ¿Qué me ocurre? ¿Qué sucede con mi cabeza y con mi maldito subconsciente? ¿Por qué no soy capaz de sacar al guapo profesor de mis pensamientos? Y la pregunta que más me trastorna de todas; ¿por qué jamás he sido capaz de excitarme de esa forma con Derek? ¿Por qué nunca le he mirado con los mismos ojos?

Supongo que una relación debe cubrir muchos más aspectos que ese último, sí. El problema es que ahora mismo tengo dudas en cuanto a cualquier aspecto de nuestra relación. ¿Y si solamente estamos juntos por costumbre? No, claro que no. Yo quiero a Derek. Él es, y siempre ha sido, mi gran apoyo. Esa mano amiga que no me ha dejado caer jamás, ni siquiera en los peores momentos de mi vida.

Me tapo la boca con la mano y me echo el aliento para comprobar si huele o no. No huelo nada, pero aún así desenvuelvo un caramelo y me lo meto en la boca.

Camino sin rumbo fijo hacia los jardines del campus con el teléfono en la mano. Estoy decidiendo cuándo debo devolverle la llamada cuando, de pronto, el aparato comienza a vibrar en la palma de mi mano. Derek, de nuevo.

—Responde y sé valiente, Bridie —me digo a mí misma, deteniendo el paseo bajo la sombra de un árbol.

Pulso el botón verde y me llevo el auricular a la oreja.

—Hola —murmuro a modo de saludo, sin mucho ánimo.

Me siento falsa. Sucia.

De algún modo, aunque no haya pasado nada en la vida real y todo radique en mi imaginación, siento que le he traicionado. ¿Cómo voy a comportarme con naturalidad cuando ni siquiera estoy

bien conmigo misma?

—Oye, ¡hola! —exclama—, ¿estás bien? Llevo llamándote todo el día.

—Sí, sí... Estoy bien.

Hago una pausa, nerviosa.

No soy consciente, pero he comenzado a arrancar hierbajos del suelo y a lanzarlos lejos de mí. Supongo que es una forma de liberación.

—¿Segura? No lo parece.

—Sí, estoy bien —repito, esta vez endureciendo mi tono de voz—. ¿Y tú? ¿Qué tal?

—Bien... El fin de semana se me ha pasado volando —suspira, con aire estresado—. Acabamos de empezar el curso y ya tenemos fechas para los exámenes de todo el trimestre. ¿Te lo puedes creer?

—Vaya faena.

Derek se queda callado un par de segundos más de lo normal.

—Bridie... Por favor, ¿vas a parar ya? —inquire, casi de malhumor—. Te he dicho mil veces que el tema de la distancia no va a ser un problema para nosotros. Deja de preocuparte por tonterías, ¿vale?

“No, la distancia no será un problema”, pienso, distraída, arrancando más hierbajos mientras me recuerdo a mí misma que esta misma tarde tengo una cita pendiente con Wayne. “El problema voy a ser yo”.

—Vale.

—¿Puedes animarte, por favor? Empiezas a preocuparme.

—Tranquilo, ya se me pasará —aseguro sin convicción, porque en el fondo sé muy bien que algo ha hecho “click” en mi interior.

He cambiado. O mejor dicho, mi modo de ver a Derek ha cambiado por completo. Le quiero, sí, claro que le quiero. Pero empiezo a pensar que hasta ahora lo único que me retenía a su lado era mi falta de independencia. Tanto hacia él como hacia mi madre.

—Venga, por favor... Alégrate o me voy a quedar preocupado.

Reviso el reloj de mi muñeca.

Aún faltan más de treinta minutos para la próxima clase y no tengo ninguna prisa, pero no me apetece continuar al teléfono con él. Sé que no se merece mi actitud y mi mal humor, pero hasta

que no consiga despejar mis pensamientos no podré volver a ser la de siempre con él.

—Tengo que dejarte —le explico, dejando caer la espalda contra el tronco del árbol—. La próxima clase empieza en nada y aún tengo que preparar el temario.

—Bridie... —suspira él con aire de agotamiento—. No me hagas esto, por favor. No me cuelgues así.

—Tranquilo, estoy bien.

Aunque en el fondo sé que con palabras no conseguiré engañar a Derek. Me conoce bien. Demasiado bien.

—¿Y por qué no me lo creo?

—Te llamo luego.

—Está bien. Te quiero —suspira, y es lo último que escucho antes de cortar la conexión.

Ni siquiera soy capaz de responderle “y yo a ti”, a pesar de que esa es una de las pocas cosas que tengo muy claras. Le quiero, claro que le quiero. Por mucho que mis sentimientos varíen, jamás dejaré de quererle. Derek significa demasiado para mí.

Veinte minutos después, vuelvo a ponerme en marcha y regreso a mi rutina de lunes. Los minutos se me hacen eternos y cada hora del día parece que nunca tendrá final. Supongo que es fácil adivinar la razón: esta noche será mi clase particular con Harding Wayne. Durante el fin de semana he sopesado la posibilidad de anular la clase en un sinfín de ocasiones, pero al final siempre termino encontrando una razón por la que asistir. Supongo que, en el fondo, es mucho más sencillo que todo eso: quiero ir. Quiero encontrarme con él a solas y enfrentarme a cualquier situación posible que pueda surgir.

Estoy tan nerviosa que prácticamente no como en todo el día. A las nueve menos veinte, mientras me visto para el encuentro, mi estómago ruge hambriento. Estoy sobreviviendo con un sándwich vegetal que he devorado hace más de ocho horas. Me llevo un caramelo a la boca, procurando engañar a la hambruna, y me coloco sobre los hombros el jersey de punto rosa que Derek me regaló hace un par de años por mi cumpleaños. Siempre he pensado que esta tonalidad me favorecía más que cualquier otra.

—¿Te marchas? —inquire la rubia con la que me ha tocado convivir este curso.

La veo quitarse los auriculares de las orejas y repasar me de hito a hito con curiosidad.

—Pensaba que las chicas buenas como tú no salían a estas horas.

—Tengo clase particular de repaso —le explico, frotándome las manos con nerviosismo.

Cameron frunce el ceño, aparta la revista que ojeaba de su regazo y se incorpora hasta quedar sentada. Después mira el reloj de su mesilla.

—¿Clase? ¿A estas horas?

Asiento con la cabeza.

—Estarás de broma, ¿no?

—No —respondo muy seria, aunque en realidad continúo teniendo serias dudas sobre si la clase es real o no—. Tengo clase de Finanzas.

Cameron abre los ojos como platos y se levanta de un salto.

—¿Con el guapo de los ojos azules? —inquire muy seria, sujetándome por ambos hombros—. Estás bromeando, ¿no?

—No. No bromeo. Y sí, tengo clase con el profesor Wayne.

Cameron, boquiabierta, se queda paralizada.

Yo suspiro aliviada al comprobar su reacción. Pensaba que era una pirada mal pensada que se había formado una película surrealista en su subconsciente. Pero no. Ya veo que, al menos, no soy la única.

—¿Clase particular? —repito, consternada.

Suelto una risa que no consigue ocultar mi nerviosismo antes de zafarme de ella.

—Te veo en un rato —respondo, procurando sonar con naturalidad.

Abandono la habitación a menos cinco. Cinco minutos y serán las nueve de la noche. Mientras recorro los pasillos de Saint George, me digo a mí misma que aún estoy a tiempo de volver a mi habitación y fingir que esa invitación a deshoras jamás ha existido. Puede que darme media vuelta sea lo más sensato en una situación como esta.

Pero no lo hago. Empiezo a pensar que soy una morbosa y que no tengo ningún remedio. Camino hasta el aula de Finanzas y me detengo en la puerta con el corazón a mil por hora. Estoy millones de veces más nerviosa que en aquel maldito sueño. Me saco un caramelo y me lo llevo a la boca antes de tirar de la manilla para pasar al interior. Abro lentamente y... Y no hay nadie. Absolutamente nadie.

Camino dos pasos, adentrándome en la enorme aula.

—¿Hola? —pregunto en voz alta.

El vacío de la habitación provoca que el eco me devuelva mi propia respuesta.

Recorro el pasillo y desciendo las escaleras hasta la mesa del profesor. Suspiro hondo. ¿Seguro que le entendí bien? ¿Lunes a las nueve? Me esfuerzo por hacer memoria y termino llegando a la conclusión de que sí. Así fue. Estoy demasiado obsesionada con él como para confundirme de fecha y hora. Reviso mi reloj de muñeca. Son las nueve menos dos minutos. Aún es pronto. Repaso el tacto de la madera del escritorio con la yema de mis dedos y, de forma involuntaria, comienzo a imaginar lo que podría suceder ahí encima.

—Hola...

Levanto la cabeza y me encuentro con un chico joven que desciende hacia mí.

—Hola —repito con confusión.

—¿Tú también vienes a la clase de Finanzas? —me dice, colocándose en uno de los asientos de la primera fila.

Me aparto bruscamente del escritorio y asiento, sin comprender quién es él.

—Sí. ¿Tú también?

—Sí. Segundo año —me dice, guiñándome un ojo—. Pero el año pasado no conseguí aprobarla ni con el refuerzo del profesor Wayne. Por cierto, soy Colin.

—Yo Bridie —respondo con timidez, acercándome a los asientos libres y sentándome en uno de ellos.

Le dedico una sonrisa falsa a Colin, sintiéndome estúpida internamente. Él me la devuelve mientras coloca sobre la mesa el cuaderno y sus bolígrafos, y es en ese mismo momento cuando comprendo que no he traído absolutamente nada. ¡Nada! Ni un boli, ni una hoja en blanco para tomar apuntes... Estaba tan convencida de que esta clase era una simple tapadera que ni siquiera me he molestado en ser un poco previsor.

—Perdona, Colin. ¿Podrías dejarme... un par de páginas del cuaderno y un bolígrafo?

El chico, que no aparenta tener más edad que yo, tantea la mirada entre sus pertenencias y mi persona.

—¿No has traído nada?

Sacudo la cabeza en señal de negación.

—He tenido un día complicado —le explico, esforzándome por sonar convincente.

Colin arranca un par de páginas del cuaderno y las desliza hacia mí con un bolígrafo rojo. Odio escribir en rojo, pero supongo que hoy no me quedará más remedio que hacerlo.

—Gracias —respondo con amabilidad en el preciso instante en el que Harding Wayne entra en el aula.

—Hola, chicos —saluda, descendiendo hacia el escritorio. Después nos repasa a ambos con curiosidad—. ¿Solamente estáis vosotros dos? ¿No ha venido nadie más?

Colin se encoge de hombros y yo, simplemente, no respondo.

Una vez más, no necesita dirigir hacia mí más de dos palabras para dejarme hipnotizada. Es demasiado... abrumador. Tanto que me provoca escalofríos.

—Bueno, pues empecemos... —dice, colocando sobre la mesa el material de estudio.

“Joder”, pienso, decepcionada. ¿En qué maldito instante de mi vida me he permitido desvariar tanto? ¿Cómo diablos he podido llegar a pensar que era una tapadera para reunirse a solas conmigo?

Me muerdo el labio inferior mientras decido que, al menos, me esforzaré lo máximo posible por prestar atención y aprovechar la clase al cien por cien. A esta distancia de Harding Wayne parece imposible, pero lo haré. Además, por muy decepcionada que me sienta, la realidad es que esto es lo mejor que me podía pasar. Recibir clases particulares de Finanzas no me vendrá en absoluto mal y, para ser sinceros, terminar sin ropa y en los brazos de un profesor en mi primer mes de universidad solamente contribuiría a tirar por la borda todo por lo que me he esforzado durante estos últimos años.

La clase transcurre con rapidez. Colin, a pesar de ser repetidor, está mucho más verde que yo. Si he de ser sincera, no mentí cuando le dije que en el instituto municipal de Rosyth el nivel era pésimo. Lo es, y mucho, además. Pero también es verdad que si consigo mantenerme centrada sin permitirle a mi imaginación dar rienda suelta, capto todo a la primera. Soy lista, o eso creía hasta que Harding Wayne apareció en mi vida escolar.

La hora transcurre con rapidez y antes de que quiera darme cuenta, ya son las diez de la noche. Wayne recoge el material mientras que Colin me pide que le devuelva su bolígrafo rojo. Le doy las gracias nuevamente, avergonzada, y le prometo que la próxima clase vendré equipada.

—No pasa nada —me dice, antes de dirigirse a nuestro profesor—. Hasta la próxima semana, señor Wayne.

Harding le responde con una sonrisa.

Al parecer, Colin irá directamente al examen y por lo que he podido comprobar, su nivel continúa demasiado bajo como para sopesar un posible aprobado.

—Buenas noches —susurro, avergonzada, antes de levantarme de mi sitio.

No he recorrido más de unos cuantos metros cuando él pronuncia mi nombre.

—¿Bridie?

Me doy la vuelta con el corazón a cien por hora mientras escucho de fondo cómo la puerta del aula se cierra tras Colin. Ahora sí, estamos a solas. Él y yo, nadie más.

—¿Sí?

Harding duda unos segundos. Puedo verlo en su mirada.

—Nada —concluye con una sonrisa—. Buenas noches. Descansa.

Asiento con la cabeza y continúo mi camino hasta abandonar el aula.

Cuando me quedo a solas, cojo aire y suspiro profundamente.

“¿Qué diablos acaba de ser eso último?”, me pregunto, confusa.

La música suena a pleno volumen mientras Cameron se pinta las uñas de los pies de color rosa chicle. Me gustaría pedirle que bajase un par de tonos la minicadena, pero sé de sobra que solamente serviría de excusa para poder recriminarme lo “muermazo” que soy.

—¿Vas a contarme lo de la clase particular o voy a tener que arrastrarme por los suelos para obtener información?

Me encojo de hombros, restándole importancia al asunto.

—El profesor Wayne nos dio clase a un chico llamado Colin y a mí.

Frunce el ceño, escrutándome de hito a hito. Creo que intenta averiguar si le estoy mintiendo o si estoy siendo sincera con ella.

—No seas mal pensada —continúo, para no dejar lugar a dudas—. Solamente se preocupa por sus alumnos, nada más.

—¿A las nueve de la noche?

—Será la única hora en la que está disponible, supongo.

Cameron suelta una carcajada irónica antes de cerrar el pintauñas. Contempla sus pies con un gesto de satisfacción, como si acabara de pintar una obra de arte.

—No te lo crees ni tú —me dice, señalándome con el dedo índice.

—Tú verás...

—Venga, ven. Deja que haga algo útil con esos feos y malolientes pies que tienes.

La fulmino con la mirada y sacudo la cabeza en señal de negación.

—Ni son malolientes, ni feos. Y me gustan sin pintar.

Ella suspira, decepcionada, antes de levantarse para apagar la minicadena. Me siento aliviada cuando por fin reina el silencio en nuestra habitación. Cameron no es mala chica, en absoluto, pero a veces puede ser complicado convivir en tan pocos metros cuadrados con ella. Abre el armario de par en par y comienza a sacar vestidos de su interior. No necesito sumar dos más dos

para adivinar que saldrá por ahí, seguramente a pillarse una buena borrachera con Axel y el resto del grupo.

—Sabes que mañana hay clase, ¿verdad?

—Sabes que te permiten un veinticinco por ciento de faltas de asistencia por asignatura, ¿verdad? —repite, al parecer imitando mi tono de voz.

Decido darla por perdida y no insistir. A fin de cuentas, ella es la que se está jugando su futuro, no yo. Me siento en la cama, con la espalda contra la pared, y la veo probarse varios modelitos mientras envidio su naturalidad y sus curvas. Cameron tiene un cuerpo de infarto y supongo que es una de las razones por las que desprende tanta seguridad en sí misma. Tiene lo que quiere, cuando lo quiere. Y sabe que, generalmente, todas las personas están dispuestas a seguirla y a aceptar sus normas.

—¿Por qué no te animas y te vienes? —me dice, justo cuando comienza a maquillarse.

Se ha decidido por un modelito de lo más atrevido. Muy propio de ella.

—Porque prefiero descansar y estar despejada para la primera hora de clase —confieso, y al decirlo me doy cuenta de que no es ninguna excusa.

Estoy siendo totalmente sincera.

Además, la anterior fiesta no fue, precisamente, de mi agrado. No estoy acostumbrada a moverme en ambientes como ese y lo último que me apetece ahora mismo es que mi noche termine de la misma manera.

—Pues tú te lo pierdes —dice.

La veo revisar su teléfono antes de echarlo al interior del bolso. Me dedica una sonrisa radiante enmarcada en sus preciosos y perfectos labios rojos y después se despide de mí.

—¡Pásalo bien! —exclamo, aunque ella ya haya cerrado la puerta.

Cuando me quedo a solas, me siento en paz.

Es extraño, porque siempre pensé que una vez me marchase a la universidad me sentiría sola. Y no es así. Claro que añoro a mi madre y a Derek, pero tener a Cameron como compañera de piso me deja muy pocos instantes conmigo misma. Echo de menos tener mi propia habitación, mi rincón, mis cosas... Poder tumbarme y poner mi música, o directamente no hacer nada. Supongo que sentirme observada también es un inconveniente con el que no había contado en ningún momento. Cameron no suele tener ningún problema en desnudarse y cambiarse de ropa delante de mí, pero yo en cambio no termino de sentirme cómoda del todo aunque las dos seamos mujeres. Supongo que la diferencia entre nosotros radica en la báscula y en la forma en la que se reparten

los kilos que tenemos encima.

Miro mi teléfono móvil y reviso los mensajes. Hoy no he hablado con Derek en todo el día. Me ha enviado dos mensajes más y ni siquiera le he contestado. Supongo que una parte de mí sigue pensando que le he traicionado de alguna forma, aunque sea con el pensamiento. Y por mucho que lo intente, sigo pensando que algo ha cambiado por completo en mi forma de verle. En mi forma de pensar en él. A veces tengo la sensación de que, en lugar de mi novio, Derek no es más que un familiar muy cercano. Algo parecido a... un hermano.

Sacudo la cabeza, esforzándome por apartar esos pensamientos de mí mientras me pongo las deportivas y me echo la chaqueta vaquera por encima de los hombros. Esta habitación tan pequeña me oprime, así que decido salir a dar un paseo. Cojo un par de monedas de mi bolso, el teléfono móvil, la tarjeta de crédito —mi madre siempre me ha dicho que es importante llevarla encima en todo momento, por si acaso. Uno nunca sabe para qué la puede necesitar— y salgo. Son las ocho y media de la tarde; y aunque aún no es demasiado tarde, en el exterior ya ha anochecido casi por completo. A pesar de la oscuridad, el cielo se resiste a abandonar su tonalidad anaranjada.

Los estudiantes parecen haberse recluso en sus habitaciones. Muchos de ellos, como Cameron, estarán disfrutando de la tarde en algún bar cercano. Me prometo a mí misma que a partir de hoy comenzaré a esforzarme más por integrarme entre mis compañeros. Tengo que empezar a comportarme como una chica normal, de mi edad.

Estoy tan distraída con mis propios pensamientos, que sin darme cuenta trastabillo con mis propios pies. Doy un par de zancadas, esforzándome por recuperar mi equilibrio mientras maldigo para mis adentros mi torpeza innata.

—¿Bridie?

No necesito girarme para reconocer su voz. Un escalofrío me recorre de pies a cabeza y tener los pies en la tierra para no perder la cabeza —como suele pasarme siempre cuando él se encuentra cerca—.

—Profesor Wayne —saludo, dándome la vuelta.

Él me dedica una sonrisa que me deja al borde del desmayo.

—Puedes llamarme Harding.

Dejo caer los brazos a ambos lados de mi cuerpo en señal de rendición.

—Harding —repito, asintiendo.

Rezo internamente por no parecer la típica chica tonta y estúpida que he dado la sensación de ser hasta el momento.

—Deberías de mirar mejor por dónde andas —me advierte—, puede que la siguiente vez no haya nadie para rescatarte.

—Es cosa de mis pies —respondo—. Tienen vida propia.

“¿De verdad, Bridie? ¿Es eso lo más inteligente que se te ha ocurrido?”

Harding echa a caminar y yo le sigo, como si compartiéramos destino. En realidad, y a pesar de no tener ni la más mínima idea de hacia dónde se dirige él, yo no tengo rumbo fijo; de modo que me es indiferente hacia dónde caminar.

—¿Cómo va la adaptación? —me pregunta, y por unos instantes siento que este hombre es capaz de leerme el pensamiento.

Le miro y sus ojos azules relampaguean. Me dedica una de sus carismáticas sonrisas y tengo que esforzarme por recordarme que, casi con total seguridad, no está siendo así de agradable porque yo sea especial. Es simpático, joven y trata con cordialidad a sus alumnos. Nada más.

—Bueno... —admito, encogiéndome de hombros—. Podría ir mejor.

Él suelta una risita y asiente.

—El otro día me pareció verte muy adaptada.

“¿El otro día?”, me repito mentalmente, esforzándome por hacer memoria.

¡Mierda! Si no me equivoco, debe de estar hablando de la noche en la que regresé de la fiesta de Will. Tengo el instante de nuestro pequeño encuentro un tanto confuso, pero me imagino lo que pudo pensar al verme en ese deplorable estado.

—Yo no soy... así —respondo.

Harding se detiene en seco y se queda mirándome fijamente.

—¿Y cómo eres, Bridie?

Tengo la sensación de que me está devorando con la mirada. Me sudan las manos y me tiemblan las piernas. Nos hemos quedado quietos, mirándonos fijamente. Soy consciente de que, sin darme cuenta, he seguido caminando hasta alejarme bastante del campus. La mayoría del trayecto lo hemos cursado en silencio, sin decirnos prácticamente nada. Y ahora, aquí estamos. En mitad de una calle oscura, vacía, sin gente ni farolas. Harding continúa mirándome, esperando una respuesta. Y yo no sé qué decir. ¿Cómo soy? Supongo que mi madre hubiera respondido que “una chica responsable y formal”, pero ya no tengo muy claro que esos adjetivos me definan.

—No lo sé —admito, hipnotizada.

¡Dios mío!

No sé qué diablos tiene para hacerme enmudecer de esta forma, pero cuando Harding Wayne está cerca siento cómo una fuerte y potente corriente eléctrica me sacude de pies a cabeza. Una corriente que me electrocuta. Que me deja K.O.

—¿Eres mayor de edad? —pregunta, pillándome desprevenida.

Necesito coger aire profundamente y recordarme a mí misma que esto no es uno de mis sueños. Es real. La vida real.

—Sí.

—¿Cuántos años tienes?

—Diecinueve —respondo con la boca seca antes de tragarme el caramelo sin querer.

Él saca unas llaves de su bolsillo y me las muestra. Yo contengo la respiración, esforzándome porque mi estúpida mente perversa no malinterprete nada antes de tiempo.

—Vivo aquí arriba —me dice, señalando el edificio que tenemos en frente—. ¿Te apetece tomar algo?

Vuelvo a tragar saliva mientras mi mente comienza a funcionar a la velocidad de la luz. Sí, claro que quiero. Pero por otro lado está Derek, y además, aceptar una invitación semejante de un profesor no es lo más correcto que podría hacer...

—Solamente si te apetece, claro.

Harding me dedica una sonrisa inquieta que remueve mis entrañas.

—Sí que me apetece —murmuro en voz baja con poca convicción.

Harding señala la acera y echa a caminar sin dudar. Yo le sigo. De forma inconsciente, le repaso de pies a cabeza mientras camina de espaldas a mí. Es alto, bastante más alto que yo. Delgado y, debajo de esa ropa tan formal, aparenta ser fibroso. Desprende seguridad. Casi tanta como Cameron. Intento mantener mis rodillas firmes y seguirle el paso, pero estoy tan nerviosa que parezco un pato mareado al caminar.

Abre la puerta del portal y me dedica una sonrisa pícara. Es diferente a las anteriores, mucho más sugerente y sensual. “Esto no está bien”, pienso. Pero en lugar de despedirme o de darme la vuelta sin decir nada, paso al interior.

—El ascensor está al fondo. Vamos al ático.

Asiento y camino hacia él mientras unos retortijones extraños me revuelven el estómago. ¿Son nervios? ¿Mal estar? Tal vez, ¿culpabilidad?

Callada, agacho la cabeza y me quedo mirando mis pies. Estoy horrible... Imagino que si hubiera sabido que algo así podía ocurrir, me hubiera puesto algo más atractivo. Algo más... sensual. Nos subimos en el ascensor. La puerta se cierra y Harding pulsa el botón que nos eleva hasta el ático.

—¿Sabes, Bridie? Eres muy bonita... —me dice, acariciándome con suavidad la mejilla, tal y como lo hacía en mi sueño.

Trago saliva.

—No lo creo —respondo.

¡Genial! ¡Menuda respuesta!

Harding suelta una risita. Bueno, al menos le parezco graciosa.

—No te propuse la clase particular por casualidad —admite, mirándome fijamente. Comiéndome con esos terribles ojos azules.

Y la verdad es que no sé ni qué decirle. Debe de pensar que no soy demasiado espabilada, porque cuando le tengo cerca... Cuando siento su olor, su calor, su mirada penetrante clavada tan fijamente en mí... Entonces todo me da vueltas y pierdo la noción del tiempo y de mí misma. Creo que si sigue mirándome de ese modo terminaré por olvidarme de quién soy y de dónde estoy.

El ascensor se abre y ambos salimos. Él en primer lugar, claro. Abre la puerta del piso y entramos. Yo, muda, camino detrás de él debatiéndome internamente conmigo misma sobre si salir corriendo. ¿Aún estoy a tiempo o ya es demasiado tarde?

—¿Quieres tomar algo? ¿Una copa de vino?

Asiento con la cabeza, porque decir que no sería demasiado brusco.

No me gusta el vino y, en realidad, no soy de beber y menos entre semana; pero supongo que es un buen momento para hacer una excepción. Es más, si tuviera a mano esa botella de vodka de Cameron, ahora me bebería un chupito para entrar en calor y liberar tensión. No me vendría nada mal...

Miro a mi alrededor con curiosidad. Harding Wayne vive en un estudio diáfano, pequeño pero acogedor. Me siento en el sofá y espero a que regrese con la copa de vino mientras me esfuerzo por calmar el temblor de mis rodillas.

—Aquí tienes —dice, sentándose a mi lado.

Él lleva un vaso cuyo culo contiene un líquido espeso y amarillo. Supongo que se ha decantado por algo más fuerte que el vino, como el whisky.

—Es un rioja. Español —me explica—. Espero que te guste.

—Seguro —digo, dándole un pequeño sorbo.

Le dedico una sonrisa y asiento, aunque en realidad estoy pensando internamente en lo asqueroso que me sabe. Por mucho que me esfuerce por acostumbrarme al sabor del vino tinto, creo que jamás lo conseguiré.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —inquiero, envalentonándome.

Harding asiente.

—¿Haces esto a menudo?

Él suelta una risa traviesa.

—¿Traer a estudiantes jóvenes y guapas a mi piso?

No me atrevo a responder en voz alta, así que simplemente me quedo callada. Mirándole.

—Solamente cuando alguna de ellas me roba especialmente la razón —explica, haciendo que mi respiración se acelere tanto como mis pulsaciones.

Me quita la copa de la mano y la deja sobre la mesa. Después acerca sus labios a los míos y los presiona con suavidad. El beso es mucho más intenso y sensual de lo que había soñado e imaginado.

—Sabes a caramelo —murmura con la voz ronca.

Harding me mira fijamente, recorriendo mi mejilla con el reverso de su mano.

—¿Estás bien? —pregunta, un tanto desconcertado—. Estás temblando.

—Estoy bien.

¡Oh, Dios!

¡No lo estoy! ¡No sé por qué tiemblo!

Es increíble, pero cada célula de mi cuerpo reacciona a su proximidad de una forma extraña e incoherente.

—¿Y hay...? —comienzo, aunque necesito insuflarme valor para continuar con la cuestión—, ¿...hay muchas chicas que te roben la razón?

Su sonrisa se ensancha todavía más.

—En estos momentos solamente tú —me dice—. No he podido evitar darme cuenta de la forma que tienes de mirarme.

“¡Genial, Bridie!”, me recrimino. Lo peor de todo es que seguramente esté pensando que soy algo parecido a una acosadora.

—¿Y cómo te miro? —pregunto con la boca pequeña.

No sé por qué, Harding me intimida.

Bueno, puede que en realidad no sea él quien me intimide realmente. Puede que, en el fondo, me sienta demasiado culpable por estar donde estoy. Puede que, en realidad, la imagen de Derek esté torturando mis pensamientos mientras miro esos profundos ojos azules. El problema de todo esto es que le deseo demasiado. Es enfermizo.

Cojo la copa, pero Harding me la quita de las manos y la deja de nuevo sobre la mesa. Me mira unos instantes más y, después, se acerca a mí acortando distancias. Sus labios se posan sobre los míos, aunque yo me quedo paralizada; sin saber cómo reaccionar.

—No estamos haciendo nada malo, Bridie —me dice—. Ambos somos dos adultos que se han sentido atraídos. Nada más.

Me gustaría que sus palabras fueran totalmente sinceras, pero en el fondo sé que esto tiene algo de peligroso. Que no está bien. Y lo peor de todo es que incluso esa parte me atrae demasiado.

—Lo sé —respondo, antes de devolverle el beso suavemente.

Sus manos comienzan a pasearse por mi cuerpo mientras una excitación que hasta ahora jamás había experimentado me recorre las extremidades, provocándome pequeños escalofríos que me dejan sin respiración. La ropa comienza a caer al suelo. No sé quién se la quita a quién. Solamente le beso, cada vez más embriaga por su sensualidad, mientras nuestros cuerpos van quedándose desnudos. Harding se separa unos centímetros de mí y me recorre de pies a cabeza, escrutándome. Puedo sentir la provocación en sus ojos, sus ansias por devorarme y comerme entera. Empiezo a sudar.

—Vamos —me dice, tirando de mi mano.

Él está en bóxers, yo en ropa interior. El sujetador está a medio abrochar porque, en algún intento fallido, ha conseguido soltar uno de los enganches. Le sigo un tanto avergonzada. Me fijo en su ancha espalda, fuerte, musculada, dura. Igual que su trasero. Trago saliva, sintiendo ese extraño ardor instalado en mi bajo vientre. Quema. Duele.

Wayne señala la cama y yo me acerco más a ella. Él me mira, esperando que tome la iniciativa, así que me deslizo sobre la colcha y me tumbo sobre ella.

—Abre las piernas.

Obedezco.

Me tiembla todo el cuerpo, cada vez más. Sé que estoy a punto de perder la virginidad, pero no

tengo miedo. Quiero hacerlo. Estoy preparada para que ocurra esto entre nosotros. Harding se sube a la cama y reptando hasta llegar a mí. Me besa suavemente en la pantorrilla y asciende con lentitud hasta llegar a mi monte de Venus. Me deja otro beso encima de mi braguita. Tiemblo. Excitada. Abrumada. Después continúa subiendo más. Me desabrocha el sujetador y lo lanza a una esquina de la cama. Contengo la respiración mientras sus labios se dedican a comerme. A succionarme. Coge uno de mis pezones y tira de él, mientras yo grito de placer, sintiendo cómo me humedezco al instante. Noto su miembro, duro, firme, bajo el calzoncillo. Presiona mi vientre mientras me lame el cuello, la clavícula, los senos. Arqueo la espalda, incapaz de contener los jadeos. Nunca nadie me había tocado así. Nunca, jamás, nadie me había hecho disfrutar de esta manera.

—¿Te gusta? —pregunta.

Asiento con la cabeza, incapaz de pronunciar una sola palabra en voz alta. Se aparta de mí unos instantes para coger algo de la mesilla. Un condón. Después se quita los calzoncillos, dejando su firme, grande y dura erección al descubierto. Trago saliva. Estoy asustada, para qué negarlo.

Aún así, la excitación que siento es mucho mayor.

Harding juguetea con mi ropa interior, antes de retirarme las bragas. Yo soy incapaz de controlar mi respiración. Mi pecho sube y baja sin descanso, exaltado.

—¿Qué te gusta? —me pregunta, mirándome fijamente.

Yo me quedo muda, sin saber qué responder, y él se lanza a mi entrepierna. Se coloca frente a mi humedad. Avergonzada, intento cerrar las piernas y detenerle con una suave patada, pero él se echa a reír, apartándome el pie.

—¿No? ¿No te gusta?

Trago saliva.

En realidad, no lo sé. Nunca he practicado el sexo oral.

Me gustaría poder decirle eso, pero creo que no es el momento para soltar una bomba parecida. Enmudezco, nerviosa, y él entiende mi silencio como una clara invitación a continuar. Siento los dedos de su mano apartando mis labios vaginales con delicadeza y, después, su lengua recorriéndome de arriba abajo. Alcanza mi clítoris y lo succiona, para después volver a lamarme. Yo grito de placer, literalmente. Me gustaría contenerme un poco, pero no puedo. No lo consigo. Sus manos sujetan con fuerza mi cadera, evitando que me mueva en exceso mientras tiemblo de pies a cabeza a causa del placer.

Harding se retira. Le miro por primera vez y veo su sonrisa de satisfacción, su cuerpo desnudo

y sensual, su erección. ¡Me vuelve loca! ¡Loca de remate!

Repta hacia mí, relamiéndose mis restos. Siento su miembro rozándome la humedad cuando me besa. Sabe a mí. A mi sexo.

—Dime lo que te gusta —me susurra al oído.

Trago saliva.

—No... No lo sé.

Coge su miembro y lo restriega a través de mi sexo. Gimo de placer.

—Pídemelo. Dime cómo te gusta que te lo hagan.

—No lo sé...

Harding continúa besándome el cuello. Sus manos recorren mi cuerpo y yo cada vez me siento más y más excitada. Tanto que mi bajo vientre arde, duele. Necesito que calme el ardor que recorre mis entrañas.

—No seas tímida... pídemelo lo que quieras —susurra con voz sensual, erizando cada vello de mi piel.

—Es que... No lo sé, de verdad.

Él se aparta de mí y me mira a los ojos. Algo en su gesto ha cambiado por completo.

—¿No lo sabes?

Enmudezco al instante.

Tenía la mente demasiado nublada como para ser consciente de lo que estaba confesando con esa frase. Siento cómo cierta parte de la excitación que fluía entre nosotros desaparece de un plumazo.

Harding se aparta más todavía, esperando con paciencia una respuesta por mi parte.

—¿Eres... virgen? —inquire.

—Creo que esa pregunta es un poco personal —respondo, aunque en el fondo sé que esa frase ya es una confirmación.

—¡Joder! —escupe, enredando los dedos en su mata de cabello—. ¡Joder!

Yo me incorporo, encogiéndome, avergonzada.

Él parece confuso y desorientado, como si acabasen de propinarle un golpe muy fuerte. Se levanta, se pone unos pantalones de pijama cortos y comienza a lanzarme mi ropa.

—Lo mejor será que te vistas y te marches —asegura.

Yo tengo ganas de llorar.

“No llores, Bridie... No llores”. Pero es tarde.

Las lágrimas comienzan a brotar de mis ojos. Me esfuerzo porque no se me note demasiado, pero supongo que es una tontería.

Agacho la cabeza, recogiendo mi ropa lo más rápido que puedo antes de salir corriendo al lavabo. Cierro la puerta de golpe mientras escucho sus resoplidos al otro lado de la pared.

—Mierda... ¡Joder! —exclama.

Y parece que no le importa demasiado que yo pueda escucharle.

Aprieto los puños, conteniendo la rabia y la vergüenza mientras observo la imagen que me devuelve el espejo del baño. Tengo el rostro enrojecido y los ojos empañados mientras las lágrimas resbalan por mis mejillas. Me lavo la cara y me apresuro a vestirme. Me tiemblan las manos y las piernas. En realidad, creo que tiemblo de pies a cabeza; y esta vez no es por placer.

Cuando salgo del baño, me encuentro a Harding sentado en los pies de la cama. Tiene el rostro tapado con ambas manos y parece hundido. Hundido de verdad. Yo, avergonzada, ni siquiera sé qué decir. Siento cómo mi rostro arde, cada vez más encendido.

—No sé qué estás pensando —consigo borbotear entre mi mar de confusión—, pero te aseguro que no iba a pasar nada que yo no quisiera.

—¡Eres virgen, joder! —exclama, sin siquiera levantar la mirada hacia mí—. Esto... Esto no está bien. Pero hay una línea muy fina que ni siquiera yo soy capaz de traspasar. Es cuestión de ética.

“Ética”.

La palabra retumba en mi cabeza una y otra vez mientras él continúa con la vista al frente, sin mirarme.

No hay nada que hablar. Esto ha sido un error, un pequeño desliz que se sale de los parámetros de lo que el guapo profesor considera “aceptable”. “Ético”.

—Me marcho.

Ni siquiera recibo una respuesta por su parte.

Con las lágrimas resbalándome por las mejillas, salgo de su casa. Tengo un nudo en el estómago y quiero vomitar. Me siento avergonzada, humillada y todavía más confusa de lo que ya me encontraba.

El aire fresco de la noche azota mi rostro húmedo mientras yo me pregunto a mí misma con

qué cara conseguiré presentarme en la próxima clase de finanzas o responderle a Derek la siguiente llamada.

Ayer no puse el despertador. En realidad, he conseguido conciliar el sueño hasta que los primeros rayos de sol se han ido colando por la ventana de nuestra habitación. Me he dormido bastante después de que Cameron estuviera de vuelta. Llegó con una borrachera del quince, despertando a más de medio campus con sus gritos.

La escucho revolverse en su cama, reproduciendo una sintonía de extraños sonidos que no consigo identificar.

—¿Estás bien, Cameron? —murmuro en voz baja.

Ella, sin responderme, salta del colchón y sale corriendo hacia la papelera que tenemos en la entrada para descargar en su interior el contenido de su estómago. Un hedor nauseabundo inunda por completo la habitación.

—¿Necesitas ayuda? —pregunto, desperezándome y sacando los pies del interior de la colcha.

Cameron continúa vomitando, sin responder. Me arrastro desganada hasta ella para poder sujetarle el cabello mientras terminar de expulsar el vodka que ingirió anoche con su grupo de amigos.

—Supongo que ayer lo pasarías muy bien, claro... —susurro, casi para mí misma.

“Deberías de haber salido con ellos, Bridie”, me recuerda mi voz sensata, esa que ayer a la noche pareció esfumarse por completo.

No lo entiendo. Ni siquiera consigo comprender mi forma de actuar. Intento encontrar la razón que me llevó a entrar en el piso de Harding, pero no encuentro ninguna respuesta. ¿Qué diablos estoy haciendo? Meterme en un problema muy serio. Un problema que engloba mi propia cordura, mi futuro académico y mis sentimientos hacia Derek. Derek. “Él no se merece que le falte al respeto de esta forma”, pienso, observando fijamente un perdigón amarillo incrustado en la pared.

—Menuda mierda... —suelta Cameron, incorporándose—. ¿Sabes la hora qué es?

Niego con la cabeza mientras ella se levanta del suelo para ir a buscar un chicle a su estantería. Nuestro dormitorio huele realmente mal. Tanto que, si respiro por la nariz, corro peligro de ser la siguiente agresora de la pobre papelera.

—No tengo ni idea —respondo y vuelvo a tumbarme en mi cama.

Deslizo la colcha por encima de mi cuerpo y me acurruco hecha un ovillo mientras siento la

atenta mirada de Cameron clavada en mi espalda. Cojo aire profundamente.

—¿Estás enferma?

La respuesta fácil sería mentir.

Pero ni siquiera me siento con fuerzas para inventarme una enfermedad.

—No, no estoy enferma.

—¿Y qué te pasa?

No respondo.

Cameron se sienta sobre mi cama. Yo continúo dándole la espalda, pero sé que sigue ahí porque puedo percibir una hendidura en mi colchón.

—No me pasa nada. Hoy me he despertado desganada, nada más.

Cameron suelta una risita ridícula.

—¿La chica buena ha empezado a transformarse? ¿Ahora empiezas a hacer pellas?

—Algo así...

Cameron suelta otra de sus risitas mientras se levanta de la cama y se dirige a su armario. Puedo escucharla desvestirse.

—Bueno, si te sirve de consuelo, sé que el cabrón es él.

Pestañeo varias veces, intentando comprender a qué se refiere. ¿A Harding? No, no puede ser. ¿Cómo diablos...?

—¿Cómo sabes qué...?

—No lo sé, pero los malos siempre son ellos —asegura, interrumpiendo e impidiendo que termine de formular la pregunta—. Siempre.

Asiento y me quedo en silencio, aunque en el fondo pensando que tiene mucha razón.

—Me marcho a clase —se despide—. Supongo que nos vemos luego, guapa.

La puerta de la habitación se cierra de golpe.

—Supongo. Y supongo que me toca a mí limpiar el vómito de la papelera.

Deslizo la colcha por encima de mi cabeza, evadiéndome de mi entorno. Como si de ese modo pudiera dejar de existir y desaparecer del maldito mundo por unos instantes. Cierro los ojos. En el exterior percibo el ajeteo matutino de los alumnos y del profesorado. Me parece distinguir la voz de Harding entre el murmullo de susurros aglomerados que recibo, pero no estoy segura de que

sea él. “No pienses, Bridie”. Pero mi cabeza no es capaz de desconectar y antes de que pueda evitarlo estoy recreando la humillante escena de anoche. Puedo ver su rostro de decepción como si estuviera frente a mí. Puedo sentir la sangre ascender hacia mis mejillas, mi rostro ardiendo de vergüenza...

Y entonces, mientras las lágrimas vuelven a resbalar por mis mejillas, suena el teléfono. Es Derek.

Llevo dos días seguidos faltando a la clase de finanzas. No me he sentido con fuerzas para reencontrarme con él. Supongo que, de alguna forma, aún no estoy preparada para sentir en mis propias carnes cómo el guapo profesor de finanzas me ignora completamente. No, no esperaba un romance fugaz repleto de miradas furtivas. En realidad, ¿qué diablos esperaba? Supongo que nada. Y ese es el maldito problema, que no pensaba.

Me meto un caramelo en la boca y juego un rato con él antes de darle un largo trago a mi botella de agua. Me encanta el sabor refrescante a fresa que se desliza por mi garganta.

Me apoyo contra la pared y observo al resto de los alumnos que desfilan por la puerta hacia el interior del aula. Me tiemblan las piernas cuando comienzo a caminar, aunque en el fondo ni siquiera comprendo la razón de mi nerviosismo. Ya está, no hay nada que pensar. Lo único que tengo que hacer es centrarme en aprobar la asignatura con buena nota y olvidar este pequeño percance cuanto antes. Ser “una alumna más”.

Pero cuando me siento en el pupitre de la última fila y le veo ahí de pie, ordenando los papeles de su mesa, se me encogen las entrañas y se me comprime el pecho. Comienza una breve explicación sobre el próximo temario mientras enciende de forma distraída el proyector. Al parecer, hoy no tendremos el placer de escuchar de sus sexys labios la lección de hoy. Mierda, ¿sexys labios? ¿Ya vuelvo a las andadas?

Estoy segura de que mi cabeza comenzará a jugarme una mala pasada y que me pasará la clase humillada y avergonzada con la imagen del guapo profesor sentado en los pies de la cama, llevándose las manos a la cabeza y preguntándose cómo diablos ha podido caer tan bajo como para llegar a meter a una alumna virgen en su propia cama. Pero no es así. Las luces se apagan y un vídeo comienza a reproducirse en la pantalla. Harding comienza a pasear por el aula mientras todos prestamos atención a las imágenes que se reproducen frente a nosotros. Bueno, todos no. Yo no. Ni siquiera soy capaz de prestar atención a la voz de fondo que narra, a través de los auriculares, el crac del 29. Sus ojos están fijos en mí. Ni siquiera pestañea. Camina lentamente, mirándome de forma muy directa; como si pretendiera traspasarme la piel. El alma. Y, la verdad, ¿para qué negármelo? Lo consigo. Siento cómo el vello de mi piel se eriza al instante. Respiro con dificultad y comienzo a sentirme sudorosa. La chica que está a mi lado me pregunta, en un susurro, si me encuentro bien. Yo le respondo en otro susurro que sí, pero no me molesto en mirarla.

¿No se supone que lo nuestro había sido un error? Entonces, ¿por qué? ¿Por qué no es capaz de despegar la mirada de mí?

Unos segundos antes de que el vídeo llegue a su final, Harding se desliza por al lado de mi pupitre. Se detiene junto a mí brevemente y, de forma discreta, deja caer un papel al suelo. Espero a que haya regresado a su escritorio antes de agacharme y recogerlo. El corazón me bombea con tanta fuerza que tengo la sensación de que en cualquier instante se me saldrá por las orejas. Aprieto con fuerza el papel, salvaguardándolo en el interior de mi puño.

“Relájate, Bridie”.

“Respira”.

Sí, tengo que acordarme de respirar y de liberar el aire que contienen mis pulmones.

La sirena suena de forma estruendosa y mis compañeros no pierden un solo instante en levantarse de sus respectivos asientos y en salir corriendo del aula. Muchos tienen que recorrerse todo el campus para llegar a su siguiente clase. Yo, por ejemplo, soy una de ellos. No debería perder un solo segundo; pero aquí estoy, inmóvil, mirándole fijamente mientras procuro controlar el leve temblor de mis piernas. Creo que, si ahora mismo me levanto de la silla, terminaría desvaneciéndome en mitad del pasillo. El guapo profesor abandona el aula y unos pocos minutos más tarde, estoy sola. Continúo con la libreta de apuntes abierta de par en par y ni siquiera me he molestado en recoger mis bolígrafos. El papel continúa aferrado en el interior de mi puño. Lo abro. No me daba cuenta, pero me he estado clavando las uñas en la palma de la mano, dejándome unas horribles marcas que delatan mi nerviosismo. Desdoblo el papel con curiosidad y... Tras leerlo, sonrío.

“20:30 en mi piso”.

Ni una sola palabra más.

Mi teléfono móvil me marca un sinfín de llamadas, tanto de Derek como de mi madre. Supongo que mi conciencia intranquila no me permite mantener una conversación con ellos como si fuera la Bridie de siempre. Porque no lo soy. Ya no soy la misma.

Ni siquiera yo entiendo por qué, pero algo ha cambiado en mi interior. El hecho de haberme obsesionado con tanta fuerza con alguien que ni siquiera conozco me ha trastornado demasiado. Sí, tiene que ser eso. Eso y la culpabilidad que me corroe internamente.

Observo la imagen que me devuelve el espejo y giro sobre mi propio eje para poder inspeccionar mi cuerpo desde todos los ángulos. Voy vestida con unos shorts vaqueros y un top mucho más corto de los que suelo llevar habitualmente. Lizzy, mi madre, me diría que voy demasiado provocadora y que no le gusta. Derek... Seguramente Derek me diría más de lo mismo. Pero no me importa. Este look me hace sentirme mucho más segura de mí misma. Mucho más adulta y confiada.

Cameron irrumpe de repente en la habitación y se deja caer sobre su cama, sin siquiera saludarme. Ella es así, esporádica. Durante este breve periodo de tiempo he aprendido que nunca se sabe cómo reaccionará. Puede que tenga un buen día y sea una chica estupenda, que se despierte de mal humor y solamente consigas sacarle unos cuantos gruñidos o que se recorra las fiestas del campus como la chica más sociable y popular de toda la universidad. Quién sabe. La veo inspeccionarme a través del espejo y finjo no percatarme de su curiosidad.

—¿A dónde vas tan sexy?

—¿Voy sexy? —pregunto, girándome hacia ella por un breve instante antes de volver a centrar mi atención en mi propio reflejo.

—Vas muy sexy —asegura con el ceño fruncido, como si estuviera intentando descifrar un gran misterio—. Si tu novio no estuviera a kilómetros de aquí, aseguraría vas a reunirte con él. Seguramente, para una frenética noche de pasión y sexo salvaje.

Sonrío tímidamente.

“Espero que el guapo profesor piense lo mismo”, me digo a mí misma.

Una pequeña parte de mí se está esforzando por recordarme que la nota de Wayne no decía nada del otro mundo. Es decir... Está claro que hemos quedado y que nuestro encuentro será

furtivo, sí, pero puede que solamente quiera charlar. ¿Y sí su única intención es asegurarse de que no me voy de la lengua? ¿De qué guardaré el secreto? Eso, además, me recuerda otra cuestión desagradable; no soy ni la primera ni la última alumna que Harding Wayne ha llevado a su piso.

—¿Has quedado con tu novio?

Niego con la cabeza mientras inspecciono mi rostro.

—Cameron... ¿Me dejas tus pinturas?

—¿Mi maquillaje?

Asiento.

—Claro. Usa lo que quieras.

Me acerco para coger su estuche mientras siento su intensa mirada clavada en mí.

—¿Vas a decirme a dónde diablos vas a así de guapa?

Suelto una risita.

—He quedado con una amiga para cenar.

—¿Con una amiga? —repite, escéptica—. Seguro que no es... ¿Un amigo?

Me pinto los labios de rojo y me esfuerzo por enmarcar mi mirada con el lápiz negro. No estoy acostumbrada, así que el resultado no es tan perfecto como me gustaría. Pero sí válido.

—¡Oh, venga, por favor! —suplica Cameron, retorciéndose en su cama—. ¡Cuéntamelo! ¡No me tortures!

Suelto una carcajada, divertida, antes de recoger mi bolso para salir por la puerta.

—Nos vemos luego —digo a modo de despedida.

—¡Oye! —grita para captar mi atención—. ¿Qué diablos ha sido de la Bridie mosquita muerta?

“No lo sé ni yo”.

Me vuelvo a reír y, sin responder en voz alta, me marchó.

Ha oscurecido y, con la caída del sol, también ha comenzado a refrescar. Echo de menos unos vaqueros largos y una chaqueta, pero me mantengo erguida y camino orgullosa de mi nuevo aspecto. No he recorrido más que unos cuantos metros cuando unos chicos se cruzan en mi camino y se giran para observarme de pies a cabeza. “Babosos”, pienso. Aunque no puedo evitar una pequeña sonrisita. ¿Cuándo fue la última vez que alguien se fijó en mí de un modo sexual? Derek no cuenta, por supuesto. Y aunque contase... Derek nunca ha intentado llegar a algo más conmigo.

Es como si no tuviera la necesidad de sobrepasar ciertos límites. Límites que, por descontado, espero que sean inexistentes cuando cruce la puerta del piso del guapo profesor.

De pronto, estoy frente a la puerta de su casa. He venido caminando como una autómeta, demasiado absorta en mis propios pensamientos.

Toco el timbre y Harding no tarda demasiado en aparecer al otro lado. Va vestido con un pantalón vaquero desgastado a la altura de las rodillas y un niqui blanco. Su aspecto es aún más juvenil que de costumbre, de manera que no puedo evitar pensar que no haríamos mala pareja si nos vieran por la calle. Sí, puede que se pudiera adivinar cierta diferencia de edad, pero nada llamativo.

—Pasa —me dice con la voz seria. Demasiado seria.

Sus ojos azules me observan fijamente y necesito recordar que debo respirar para no perder el conocimiento. Le sigo hasta el salón y me siento en el sofá, en el hueco que él mismo me indica.

Suspira hondo, mirándome de hito a hito. Yo ni siquiera sé qué decir. Estoy nerviosa y me tiemblan las piernas. En realidad, tiemblo por completo; de arriba abajo. Y ahora, ¿qué? Supongo que no necesito ser muy lista para adivinar lo que viene a continuación; “el otro día no nos dio tiempo a hablar, pero me gustaría que quedase claro que esto que pasó... no fue nada. Algo aislado. Además, no llegamos a hacer nada, ¿no? Mejor olvidarlo. No me gustaría perder mi trabajo por un pequeño desliz que, a fin de cuentas, no significo absolutamente nada. Nada. Nada...”. Las palabras retumban en mi cabeza mientras recreo inconscientemente la conversación que creo que tendrá lugar ahora. Wayne me mira fijamente. Supongo que no sabe cómo proceder, y le entiendo. Y yo... Yo cada vez estoy más nerviosa y me siento más impaciente. Una vez más, puedo identificar el sentimiento de humillación que me carcome por dentro y no sé si seré capaz de soportarlo. Al menos, no por segunda vez.

Me pongo en pie. Me tiemblan tanto las rodillas que estoy convencida de que terminaré cayéndome al primer paso que dé. Cojo aire profundamente y, sin decir nada, echo a caminar en dirección a la puerta. Puedo notar la mirada de Wayne clavada en mi espalda y eso me hace sentirme todavía más insegura. Acelero un poco el paso mientras me pregunto a mí misma si debería añadir algún toque dramático a la escena o marcharme en silencio, conservando la poquísima dignidad que a estas alturas todavía tengo.

Estoy tirando del picaporte cuando, de repente, siento que una mano me retiene, tirándome del brazo. Yo ya tengo los ojos llorosos, así que prefiero no girarme. No quiero que me vea llorar. No por segunda vez. El guapo profesor tira con más fuerza de mí y, entonces, me giro. Sus ojos chocan con los míos y me encuentro con una mirada repleta de culpabilidad, confusión y... pasión. Sí, me

mira con deseo. Y eso, por mucho que intente ocultarlo, es innegable.

—No hace falta que... —comienzo, esforzándome por contener el llanto y no derrumbarme.

Harding me empuja contra la puerta, provocando que el choque de mi espalda en ella la cierre de un portazo. Me aprisiona con sus brazos, encarcelándome e impidiendo mi movilidad. Yo respiro de forma agitada mientras me pregunto qué diablos está sucediendo aquí. Y entonces, sin esperarlo... me besa. No es un beso de película romántica ni mucho menos, es un beso, más bien, primitivo. Como si no pudiera contener sus impulsos. Yo le sigo, aunque necesito agarrarme a él para no desfallecerme aquí mismo. Nuestras lenguas comienzan a conocerse mientras pienso en los tímidos besos que Derek y yo nos damos. Ahora mismo el único adjetivo que se me ocurre para describirlos es “inocentes. Es más que evidente que hay una cosa que no existe entre Derek y yo: química sexual. Algo que, nada más ver a Harding, estalla.

La mano del guapo profesor recorre mi vientre, asciendo lentamente hasta terminar introduciéndose dentro de mi top. Jadeo al sentir cómo presiona uno de mis pechos, sin dejar de besarme. Yo no puedo evitar sentirme, nuevamente, inexperta y torpe. No quiero meter la pata y que esto termine yéndose al garete, pero tampoco sé muy cómo actuar. Cómo hacerle disfrutar a él...

Harding me carga en sus brazos y me lleva en volandas hasta su cama. Todo me da vueltas mientras ambos comenzamos a arrancarnos la ropa a tirones. Estoy excitada. Estoy preparada. Y por extraño que me resulte en estos momentos, no tengo miedo. Siempre he creído que, llegado el momento, estaría asustadísima. Pero no es así. Lo anhelo tanto que internamente no dejo de rezar porque esto no vuelva a torcerse.

Sus labios húmedos recorren mi cuerpo. Jadeo. Mi respiración agitada se mezcla con la suya mientras nuestros cuerpos semidesnudos se rozan salvajemente. Aún conservo las bragas y el sujetador, pero creo que durarán tan poco en mi cuerpo como el bóxer de Harding en el suyo. Suspiro hondo al ver su erección sobresaliendo por debajo de la tela. No puedo evitar sonrojarme. Harding me sienta sobre su regazo y desata mi sujetador. Mis pechos quedan a la altura de su boca, así que no tarda en capturar uno de mis pezones. Jadeo, excitada. Ninguno de los dos hablamos ni pronunciamos una sola palabra. Solamente gemimos como animales. Arqueo la espalda, presa del placer, y comienzo a mecarme suavemente sobre él. Siento cómo su miembro acaricia mi sexo a pesar de la tela que hay de por medio. Me excito aún más y acentúo, sin ser consciente, mis movimientos. Él también está excitado de la misma forma que yo. Puedo sentirlo por la forma desesperada en la que tira de mis pezones.

Me aparta suavemente, dejándome tumbada sobre la cama. Sus ojos no dejan de repasar mi cuerpo de arriba abajo, inspeccionándome sin cesar. Y por primera vez desde que tengo uso de

razón, me siento provocativa. Me siento sensual.

Harding suspira hondo mientras me termina de desnudar. Después se encarga de hacer desaparecer sus bóxers blancos. Puedo ver la ligera marca de un bañador corto. Me muerdo el labio. Es tan sensual... Tan provocativo... Intento mantenerme cuerda, pero la cabeza me da vueltas muy rápido. Estoy mareada, como si todo esto fuera parte de un maldito sueño, como aquella vez. La única diferencia es que, ahora, es real. Muy real.

Harding se coloca un preservativo sin apartar la mirada de mí.

—Vas a recordar tu primera vez —promete.

Y me doy cuenta de que es la primera vez que habla desde que he llegado a su piso. Se tumba sobre mí, dejando su cabeza entre mis piernas. Separa mis labios vaginales y succiona mi clitoris mientras juega con sus dedos alrededor. Yo gimo de placer y cierro los ojos con fuerza. Sin darme cuenta, he enredado mis dedos entre su cuero cabelludo. Arqueo la espalda y grito. Grito de placer. Lo hace tan, tan bien... ¡Dios! Estoy segura de que si no para, terminaré... Explotaré... Y entonces, justo cuando estoy a punto de alcanzar el éxtasis, se detiene. Me mira de reojo y sonrío. Yo le devuelvo la sonrisa, esta vez, un poco asustada. Se tumba suavemente sobre mí y me susurra en la oreja que “me gustará”. Asiento. Confío en él. Ni siquiera entiendo la razón porque, la verdad, no le conozco. No hemos cruzado más que cuatro palabras desde que llegué a esta universidad. Pero, aún con eso, algo en mi interior no para de repetirme que Harding es de fiar.

—Relájate, ¿vale? —murmura, paseando su miembro por mi sexo.

Siento cómo lo introduce brevemente en la apertura. Noto presión, mucha presión. Harding entra y sale suavemente, pero no pasa más allá de la entrada de mi sexualidad. No va más. Poco a poco esa presión va desapareciendo para ir convirtiéndose en placer. Me besa, juega con mis pezones. Me lame. Y empiezo a perder el control de mis sentidos, dejándome llevar por él. Cuando quiero darme cuenta ya me ha penetrado por completo y vuelvo a sentir esa extraña presión. Esa sensación extraña de que algo ajeno invade mi cuerpo... Y de la misma forma que llega la presión, va desapareciendo. Jadeo. Me gusta. Me gusta muchísimo. Me besa en la boca y yo le devuelvo el beso con la misma pasión mientras rodeo su cuerpo con mis piernas de forma instintiva, atrayéndolo hacia mí. Él, que hasta ahora se mantenía serio, observando cada uno de mis gestos para poder adivinar si se estaba propasando, sonrío. ¡Sonríe! Y yo no puedo evitar devolverle la sonrisa mientras pierdo el control de mí misma y le clavo las uñas en la espalda. Quiero más. Y más.... Y mucho más. Y entonces, exploto. Grito de placer, sin sentir vergüenza, sin sentirme extraña. Unos instantes más tarde, siento cómo su respiración se agita aún más y cómo su cuerpo comienza a temblar. De forma involuntaria, mis músculos se contraen, provocándome un pequeño segundo orgasmo de placer. Y estallamos de nuevo, esta vez de forma simultánea.

Harding se deja caer a un lado. Yo le observo brevemente y me doy cuenta de que ya no sonrío. Vuelve a estar serio. Y ni siquiera lo comprendo porque, en este momento, me siento tan plena y feliz que no soy capaz de procesar qué es lo que está pasando por la cabeza del hombre que tengo a mi lado. Su semblante no varía y, en ese instante, comprendo que ya está. Ya ha pasado. Esto era lo que él quería, y ya ha terminado.

“Ha llegado el momento de que te marches, Bridie...”

Me deslizo por la cama, sin mirarle, y apresuro el paso hasta llegar al lavabo. Mi felicidad se esfuma de un plumazo y, sin motivo aparente, me siento utilizada. Sé que no debería sentirme así porque, a fin de cuentas, esto que ha ocurrido entre nosotros lo hemos querido y deseado los dos. No somos pareja, ni siquiera amigos. Y no tiene sentido permanecer más tiempo del necesario en este piso.

Me lavo la cara y me recoloco el cabello de la mejor forma posible. Lo que acaba de pasar entre el guapo profesor y yo ha sido... ¡increíble! Pero ahora mismo no soy capaz de disfrutar del momento. Me siento extraña y... Necesito irme. Necesito marcharme de aquí cuanto antes —o, al menos, antes de que él tenga la ocasión de echarme, dejándome en ridículo por segunda vez—.

—Venga, Bridie... —le digo a la chica que se proyecta en el espejo, mientras veo cómo el brillo de mis ojos va desapareciendo poco a poco.

Bien.

Ya tengo lo que quería, ¿no? Ambos tenemos lo que buscábamos. Ahora ha llegado el momento de marcharse.

Abro la puerta del cuarto de baño. De reojo, observo que Harding continúa tumbado en la cama en la misma posición en la que le he dejado antes de entrar. Le ignoro y procuro concentrarme en encontrar mis prendas de ropa con rapidez.

—¿Qué haces? —pregunta con la voz ronca.

—Voy a vestirme —respondo, procurando emplear la misma sequedad que él.

No quiero mostrar mis sentimientos, porque soy consciente de que la última vez me marché de este piso llorando y de que, hoy, he estado a punto de volver a hacer lo mismo.

—No te marches. Ven aquí, por favor.

Le miro.

Me señala el hueco de la cama que he dejado vacío y finge una leve sonrisa que se me antoja forzada. No parece cómodo, pero... ¿Entonces por qué me pide que me quede? ¿Por qué no permite que me marche y lo deja estar?

Me lo pienso unos segundos pero, finalmente, obedezco su orden y me deslizo entre las

sábanas. Evito mirarle para no sentirme incómoda.

—¿Qué te ha hecho cambiar de idea? —escupo sin pensar.

Quizás debería haberme guardado la pregunta, pero la curiosidad me corroe y necesito obtener una respuesta. ¿Por qué la primera vez no fue capaz de cruzar la barrera y, en esta ocasión, sí? Harding resopla y se mantiene en silencio. Algo me dice que no va a responderme.

—Solamente dime una cosa. ¿Me habías pedido que viniese aquí para pedirme que no dijera nada...? O, en realidad, ¿pretendías que ocurriera lo que ha sucedido?

El silencio vuelve a reinar y, adivino, que no importan las interrogativas que lance al aire. No obtendré una respuesta por su parte.

—¿Cómo es posible que una chica cómo tu siga siendo virgen? —suelta, ignorándome.

Yo me ruborizo de pies a cabeza.

—La verdad es que no lo sé... —confieso con sinceridad—. Supongo que Derek y yo estábamos esperando a que llegara el momento perfecto.

Harding suelta una carcajada.

—¿Derek?

—Mi novio —susurro avergonzada.

Harding vuelve a soltar otra risotada.

—Esto sí que no me lo esperaba...

Yo, avergonzada, procuro no mirarle. Soy consciente de que poco a poco me he ido sonrojando.

—¿Sigues con él?

Asiento.

—Deberías dejarle —me dice, muy serio—. Creo que si fuera un hombre de verdad...

Harding no termina la frase, pero puedo intuir qué es lo que tenía pensado decir a continuación.

Guardamos silencio unos minutos que se me antojan eternos, aunque sirven para que poco a poco deje de sentirme tan incómoda a su lado. Sin darme cuenta, me estoy acostumbrando a su presencia junto a mí.

—Tienes razón.

—¿En qué? —pregunto, sorprendida.

—En lo que has dicho antes —explica. Me giro para mirarle y me doy cuenta de que no seré capaz de asistir a una sola de sus clases sin perderme en sus profundos ojos azules—. Te había pedido que vinieras con esa intención, pero ha vuelto a pasarme lo mismo que en clase...

—¿El qué?

Harding se ríe. Y aunque no le conozco lo suficiente, detecto que es una risa tímida y levemente avergonzada.

—No ser capaz de quitarte la mirada de encima... Ya lo sabes. Me dejas hipnotizado.

Su confesión me pilla tan por sorpresa que soy incapaz de reprimir la sonrisa que, de pronto, ilumina y se hace protagonista de mi rostro. Me quedo callada. Él desliza su brazo por encima de mi cuerpo y comienza a crear pequeños círculos alrededor de mi ombligo con la yema de su dedo.

—La primera vez que te besé sabías a caramelo —murmura—, y supongo que ese ha sido mi problema contigo desde la primera vez que te vi.

Frunzo el ceño mientras sus caricias provocan un fuerte cosquilleo que me recorre de pies a cabeza.

—No entiendo.

—Que eres un caramelo... —asegura, sonriéndome con picardía—. Una tentación demasiado grande.

Acerca su rostro al mío, dejándose caer sobre mí para reducir los centímetros de distancia que nos separan.

—¿Una tentación...? —repito, incapaz de terminar la frase porque, nuevamente, me he quedado perdida en su mirada.

Y me besa.

Al principio muy suavemente, pero con el paso de los segundos se va tornando más húmedo y más pasional.

—¿Tienes prisa por volver al campus?

Sacudo la cabeza en señal de negación.

Ninguna prisa. Es más, estoy convencida de que, si ahora mismo me pidiera que me marchase con él muy lejos, dejaría todo sin dudar. Es como si, de pronto, Harding Wayne se hubiera transformado en una nueva droga. Demasiado adictiva. Demasiado... todo.

—¿Te apetece repetir?

Y sin pensármelo dos veces, enrosco mis brazos alrededor de su cuello y le beso.

Cameron no deja de repetirme que estoy diferente.

Y, ¿por qué mentir? Me siento diferente.

—Tierra llamando a Bridie, ¿me recibes?

Suelto una risotada y asiento.

—Estás rara. ¿Te encuentras bien?

—Claro —respondo, dedicándole una sonrisa de mi madre.

Al parecer, Cameron no es la única que me nota diferente.

Lizzy ha venido a pasar el día conmigo.

Y aunque la echaba muchísimo de menos y agradezco mucho su visita, rezo porque se marche pronto. Llevo toda la semana escabulléndome, a eso de las ocho o nueve, al piso de Harding. De pronto, parece que nuestros encuentros fugaces se están transformando poco a poco en una rutina silenciosa y secreta de la que ambos disfrutamos sin contarle nada a nadie. Y ese último pensamiento, a su vez, hace que Derek reaparezca en mis pensamientos para torturarme. Sé que ha hablado con mi madre y sé que ambos están preocupados por mí.

El camarero nos trae los dos batidos y se aleja.

Es miércoles. Podría librarme de mi madre con excusándome con los exámenes, pero me sentiría fatal si lo hiciera.

—¿Cuándo tienes la primera prueba?

—El jueves...

—¿Estás preocupada? Ya sabes que esto no es como en el instituto, cariño —me dice, metiéndose de lleno en su papel de madre preocupada—. Aquí te van a exigir de verdad.

—Lo sé... —aseguro—. No te preocupes, lo llevo bien. La universidad no es tan difícil como te cuentan.

Ella suelta una risita.

—Me alegra escuchar eso. Quiero que tengas todo eso que yo no pude...

Revuelvo mi batido, distraída.

Estoy intentando disfrutar del encuentro, pero no lo consigo. No puedo sacarme al guapo profe de mis pensamientos. Esta semana con él ha sido... Increíble. Ni siquiera tengo palabras para describir todo lo que me ha hecho sentir. ¿Cómo diablos he podido pasar tantos años de mi vida en la ignorancia? El sexo con él es... ¡uf! ¡Increíble! De verdad, no soy capaz de encontrar otra palabra que lo describa.

—Estás muy callada.

Sacudo la cabeza y le doy un sorbo a mi batido de fresa.

—No es verdad.

—Sí. Estás muy rara —asegura mi madre—. Y no soy la única que piensa de esa forma.

—Ah, ¿no? —me río, intentando restarle peso a esta conversación.

—Derek piensa lo mismo.

Suspiro profundamente, borrando mi sonrisa.

—Me ha contado que últimamente no le contestas a las llamadas... ¿Qué pasa, Bridie? ¿Acaso estás mal con él?

—¡No! —respondo de forma apresurada, sintiéndome acorralada—. Bueno, no lo sé, mamá... Ya sabes que las relaciones a distancia son complicadas. Las cosas han cambiado mucho últimamente.

—Pero es Derek. Tienes que hablar con él, cariño... No puedes ignorarle.

Que mi madre sienta tantísimo aprecio por mi novio no contribuye a que, en ocasiones, me plante muy seriamente terminar con nuestra relación. Sé que debería de hacerlo cuanto antes, porque él no se merece lo mío con Harding. Pero, por otra parte —sobre todo cuando pienso de forma egoísta—, soy incapaz de hacerlo. Derek lo ha sido todo para mí: mi apoyo, mi mejor amigo, mi confidente... ¿Y si le pierdo? ¿Y si no vuelve a dirigirme la palabra? Estoy convencida de que, si se enterase de mi traición, no volvería a dirigirme la palabra jamás. Y eso me rompe el corazón.

—Tu compañera de habitación es muy maja —continúa Lizzy—, me ha caído bien.

—Ajá... —murmuro, distraída.

Supongo que, nada más marcharse, le llamará. A Derek, me refiero. Hablarán sobre mí, como si fueran un equipo. Y supongo que mi madre se esforzará por tranquilizarle y le asegurará que no ocurre nada conmigo. Mentirá, supongo. Porque ella, más que nadie, es la primera interesada en

que nuestra relación continúe a flote. Sé que lleva soñando con el día de nuestra boda muchísimo tiempo y, un cambio de planes, no le agradaría en absoluto. Mi madre, de alguna forma, se ha esforzado demasiado en organizarme la vida. Una vida perfecta que ella no pudo tener.

—Pero algo en ella no me gusta... ¿Te ha dejado ella ese vestido tan corto?

Miro hacia abajo para recordar qué vestido llevo puesto.

—Sí, es de Cameron.

Mi compañera de habitación tiene tantísima ropa que me ha dado acceso ilimitado a su armario.

—Es bonito...

—¿Pero?

—Demasiado corto.

—Ya, claro. Demasiado corto.

Me termino lo que queda de batido de un trago y me levanto de la mesa.

—Mamá, ya no tengo catorce años... no puedes controlar cada pequeño detalle de mi vida.

—Yo no quiero controlar...

—¿Nos vamos? Tengo que estudiar para los exámenes —suelto sin pensármelo más.

No soportaría quedarme un segundo más aquí sentada mientras ella me juzga en silencio. Y lo peor de todo, mientras intenta encontrar un culpable al que acusar del repentino cambio que ha dado su hija.

—Sí, claro.

Ella, decepcionada, deja un billete sobre la mesa y se levanta tras de mí. Sé que más tarde me sentiré mal por haberme despedido de esta forma, pero ahora mismo no lo soporto más. Camino en dirección a su coche, dejando claro que la visita ha llegado a su fin. De reojo, reviso el reloj de mi muñeca. Son las nueve y media. Un poco tarde para quedar con Harding, ya que ambos tenemos clase al día siguiente.

—Sabes que te quiero, ¿verdad?

—Y yo a ti —respondo, antes de darle un breve abrazo.

—He pensado en venir la semana que viene, si no te importa...

—Mamá, ¿te recuerdo que estoy de exámenes?

—Vale, vale... —admite al final.

Soy incapaz de pasar por alto su decepción.

—Ten cuidado, ¿vale? Te llamo mañana —añado, para que no se marche con una sensación tan mala.

—Vale, cielo.

Me quedo plantada en la acera, observando cómo el coche de mi madre se va alejando poco a poco hasta que, finalmente, termino perdiéndolo de vista.

Sí, he cambiado. En pocas semanas he cambiado muchísimo. Aunque, en realidad, empiezo a pensar que esa afirmación no es del todo cierta. Tengo la sensación de que, más que cambiar, me he liberado. Por primera vez en mi vida, soy quien quiero ser y no tengo miedo a sentirme criticada por nadie de mi entorno. Ni por mi madre, ni por Derek.

Derek...

Mi teléfono móvil suelta un pitido, indicándome que me ha llegado un mensaje nuevo. Estoy convencida de que se tratará de él, pero me llevo una grata sorpresa cuando descubro que el remitente es “H”. He decidido no arriesgarme a poner su nombre completo porque Cameron aprovecha para dejarme sin saldo cada vez que encuentra mi teléfono a mano. Sería demasiado bochornoso tener que explicar quién es Harding y no me veo capaz de inventarme nada sin ruborizarme en el intento.

“¿Hoy no vienes? Mi cama está dejando de oler a ti...”

Sonríó al leer su texto.

Tan sensual y provocativo como de costumbre. Supongo que, en realidad, en el guapo profesor encuentro todo lo que Derek no puede darme. Derek es más bien... comprensivo. Es más bien... mi mejor amigo. Cuanto más tiempo paso en la cama de Wayne, más comprendo que Derek y yo jamás tendremos nada parecido. No sé si una relación puede basarse en lo que nosotros tenemos, pero tengo bastante claro que me gustaría tener esto para el resto de mis días.

Me muerdo el labio inferior, procurando decidir qué hacer. Debería cumplir con lo que le he dicho a mi madre y ponerme a estudiar porque, si he de ser sincera, aún no he sido capaz de abrir un solo libro. Pero, por otro lado... Necesito verle. Me muero de ganas por ir.

“No tardo”.

Y sin pensármelo más, comienzo a caminar hacia allí.

El corazón se me acelera cuando, estando a muy pocos pasos del portal de Harding, mi mirada se cruza con la del rector Davis. Rezo internamente porque no me reconozca y continúo caminando hacia delante, esperando pasar desapercibida.

—¿Bridie?

“¡Mierda!”

Sonríó ampliamente y me detengo. El rector Davis se acerca lentamente hacia mí mientras siento cómo mis pulsaciones se disparan de forma peligrosa.

—Hola... —murmuro, procurando salvaguardar las apariencias.

Pero no lo consigo.

Sé que ahora mismo mi cara delata algo malo. Algo muy malo.

—¿Te encuentras bien, Bridie?

Asiento de forma brusca con la cabeza.

Estoy a un paso del portal de Harding. Podría decirle que iba a dar un paseo, pero eso no tendría sentido.

—Vengo a visitar a una amiga —le explico.

A fin de cuentas, Harding no es el único inquilino de la comunidad, ¿verdad? Estoy hiperventilando.

—¡Vaya! ¡Qué casualidad! —exclama—, yo venía de visitar al profesor Wayne. También vive aquí —me explica con aparente calma, lo que me da a entender que mi excusa no ha levantado ninguna sospecha—. No vuelvas demasiado tarde al campus, Bridie... ¡Y recuerda que es época de exámenes!

—Lo recordaré, sí.

Una vez se marcha, necesito un par de segundos para calmarme antes de subir. Sé que Harding se daría cuenta de mi nerviosismo y, si he de ser sincera, espero que este pequeño encuentro con el rector no llegue a sus oídos. Creo que se preocuparía demasiado sin motivos.

El portal, como de costumbre, está abierto. Hace días que se rompió la cerradura y nadie parece interesado en solucionar el problema. Evito tocar el timbre, decidida a darle una sorpresa, y subo directamente hasta su piso.

Cuando abre la puerta, la imagen con la que me recibe es totalmente diferente a la que estoy acostumbrada a ver. Harding está en pijama. O al menos, con la parte de debajo de un pijama que le queda tremendamente sexy al no llevar camiseta. Es el típico de cuadros, nada del otro mundo. Aunque a él le quedan exageradamente bien. El torso desnudo y... ¡Dios!

—¿Usas gafas? —pregunto con coquetería ante su gesto de asombro—. Nunca te habría imaginado con gafas.

Y para mi sorpresa, le quedan tan bien como todo.
¿Cómo es posible?

—Y yo había imaginado que hoy ya no vendrías —responde, haciéndose a un lado—. Pasa, pero tendrás que esperar unos minutos. El rector Davis me ha pedido que revise unos documentos y quería dejarlo hecho antes de irme a dormir.

Se hace un lado y yo me adentro en su piso.
Aunque ya no me siento tan nerviosa como en aquel primer encuentro, es inevitable sentirme extraña aquí. En su hogar. Es como si, de algún modo, estuviera adentrándome en un lugar prohibido y tentador. Y eso lo convierte en algo irresistible.

—No te he visto con gafas en el campus —le digo.

Intento no decir “en clase”, porque recordar que él es el profesor y yo la alumna me hace sentirme francamente mal. A veces, me gusta pensar que somos dos personas normales y que nuestros encuentros puede que avancen hacia una relación de verdad. O no, quién sabe. Pero que la opción existiera ya sería algo asombroso.

—Casi siempre uso lentillas —explica, sentándose en la mesa del comedor mientras me señala el sofá—. Pero hoy tenía la vista cansada.

—Estás muy sexy —confieso, consciente de la confianza que poco a poco vamos adquiriendo el uno con el otro.

Harding me guiña un ojo de forma juguetona.

—¿Has cenado?

Sacudo la cabeza.

—¿Por qué no pides un par de pizzas mientras yo termino esto?

—Claro... Sí —murmuro, emocionada—. ¿Alguna en especial?

—La que quieras —dice, antes de sumergirse en los documentos que tiene sobre la mesa.

Por lo general, nuestros encuentros no pasan más allá de un revolcón en la cama. Sexo y,

después, cada uno por su lado. Algunas veces me quedo traspuesta en la cama un par de horas, pero cuando nos levantamos cada uno continúa con su vida por donde la dejó antes del encuentro. Y no me quejo, la verdad. Me conformo con lo que tenemos a pesar de anhelar algo más. Mucho más.

Escojo dos pizzas al azar y hago el pedido a través de una aplicación del teléfono. Distrayo a Harding para pedirle la dirección del piso y, antes de dármela, me dice que ya no le queda demasiado por repasar. “Estoy contigo en dos minutos”, asegura, creando un revoloteo en mi estómago.

Es el efecto que tiene en mí. A diferencia de Derek, Harding siempre ha sido capaz de despertar en mi interior esos sentimientos que hasta el momento desconocía. Sé que me estoy convirtiendo en una adicta a él, y que es peligroso. Muy peligroso. No soy una niña tonta y sé que, si esto sigue así, la única que saldrá mal parada y con el corazón roto en pedazos seré yo.

—Listo. He terminado —me dice, sentándose a mi lado—. ¿Has pedido?

—Hace rato. La cena estará a punto de llegar.

Se sienta junto a mí.

Me gustaría acércame a su rostro y besarle, como haría una pareja normal. Pero no me atrevo, así que me quedo donde estoy sonriéndole como una estúpida.

—¿Qué has pedido?

—¡Sorpresa!

Harding sonrío.

Tiene una maldita sonrisa perfecta.

Deja las gafas en la mesa auxiliar y se levanta para ponerse una camiseta blanca, ancha y sin letras. Me entristece que, de pronto, ya no queden esos perfectos abdominales a la vista.

—¿Qué tal ha ido tu día?

Me encojo de hombros.

Decirle que mi madre ha venido a visitarme no es, precisamente, algo demasiado adulto. Es más, estoy segura de que pensaría que soy una niña de mamá que no es capaz de pasar un mes sin ella.

—Nada del otro mundo. Bastante normalito. ¿El tuyo?

El guapo profesor sonrío. Pero esta vez es una sonrisa radiante, de esas que se iluminan en la mirada. Son las que se traducen en: me ha pasado algo bueno, muy bueno.

—Me han concedido una plaza en la universidad que quería, así que estoy muy contento. Podría decirse que hoy el día se merece una celebración.

Y justo después de decir eso, se acerca a mí y me besa con pasión. Es un beso húmedo y largo. Un beso capaz de despertar todos mis sentidos.

—¡Vaya! —exclamo, aunque no sé si lo digo por las buenas noticias o por el beso—. ¿Y qué universidad es esa? Si se puede saber, claro...

—Chicago —responde, sonriente.

—¿Chicago? —repito, incapaz de ocultar mi asombro.

Suena el timbre. Supongo que son las pizzas.

Harding se levanta para abrir la puerta mientras yo siento cómo mi corazón se acelera. ¿Chicago? ¿Tiene pensado marcharse a Chicago? ¿Cuándo?

—Terminaré el año aquí, porque ya me he comprometido —continúa—, y después seguiré mi camino.

“Un año y, después, no volveré a verle”.

Eso es lo único que mi cabeza procesa una y otra vez, en bucle. No estoy preparada para perderle tan rápido.

—Es... genial.

Comenzamos a cenar en silencio. Yo me he quedado muda, sin palabras, y él parece demasiado absorto en sus propios pensamientos. En algún momento comienza a explicarme por qué trabajar en la universidad de Chicago siempre ha sido su prioridad, pero ni siquiera le escucho. Mordisqueo sin ganas la pizza de pepperoni intentando parecer entusiasmada con lo que me está contando. Se marcha. Harding, se marcha.

Supongo que, en realidad, es lo mejor. Yo soy su alumna, él mi profesor. Lo nuestro no tiene ningún futuro, y no solamente porque vaya a irse muy lejos o porque nuestra relación resulte amoral e incorrecta, sino porque, además, él no parece interesado en tener algo más serio con una chica de mi edad. ¿A cuántas alumnas del campus habrá invitado a este piso?

—¿Puedo hacerte una pregunta? —inquiero, mucho más seria de lo que pretendía, interrumpiendo su entusiasmo.

—Sí, claro.

Harding coge los bordes de la pizza que yo voy dejando y se los come. Veo ese detalle y sonrío, pensando que nos complementamos de forma perfecta. Después, me regaño a mí misma por permitirme seguir teniendo esos pensamientos absurdos y fantasiosos.

—¿Quedas con más chicas ahora mismo?

Podría preguntar si hay más alumnas en su vida, pero eso no es, precisamente, lo que quiero saber. Quiero saber si soy la única, nada más.

—Trabajo entre diez y doce horas diarias. Hago deporte, cinco comidas al día y procuro dormir entre seis y ocho horas. Teniendo en cuenta que nos vemos prácticamente a diario... ¿Tú qué crees?

Sonrío. Me gusta su respuesta.

—Vale. Solamente era curiosidad.

Harding coge otro de mis bordes y lo hace desaparecer.

Sé que mi pregunta ha sido injusta por dos razones; la primera, no tengo derecho a pedirle ningún tipo de explicación. La segunda, yo aún no he roto mi relación con Derek.

—¿Has pedido postre?

—¿Querías postre? —pregunto, confusa.

Harding suelta una risita nerviosa y se abalanza sobre mí para poder besarme.

—Yo siempre quiero postre... —ronronea de forma juguetona en mi oreja.

Me río de la misma forma; feliz y tontamente, mientras él introduce la mano por debajo de mi vestido para desabrocharme el sujetador. Tira de mi cuerpo para sentarme sobre su regazo y comienza a tocarme de arriba abajo, besándome sin parar. Siento cómo pasea su lengua por mi piel desnuda y me ruborizo, excitándome. Puedo sentir su sexo, duro y preparado en pocos segundos. Introduce su mano bajo mis braguitas y comienza a tocarme, haciéndome perder los sentidos. Todos da vueltas a mi alrededor y tengo que sujetarme a sus hombros para no caer desfallecida aquí mismo. Harding es... demasiado provocativo. Demasiado experto. Cómo me toca, cómo me pesa... Hace que mi mundo desaparezca y que solo existamos él y yo. Nada ni nadie más. Con la mano que tiene libre, tira de mi vestido para liberar mis senos de su interior. Yo me deshago de su camiseta. Con él, el sexo, siempre es así. Ardiente, impaciente. Fugaz y pasional. Le toco. Me toca. Nuestras respiraciones se aceleran, sincronizándose en los mismos jadeos de placer. Saco su miembro del pantalón. Él me detiene y estira el brazo para poder colocarse el preservativo. Sin pensármelo, lo hundo ligeramente en mi interior. Al principio duele, pero poco a poco voy acostumbrándome a la presión. Comienzo a mecarme, dispuesta a hacerle disfrutar. Hoy soy yo la quiere tener el control. Hoy, soy yo la que quiere sentirse una mujer sexy y segura de sí misma. Me muevo hacia delante y hacia atrás. Harding cierra los ojos y gruñe. Sus manos agarran mis nalgas, apretándolas mientras guían ligeramente mis movimientos. Más, más y más... Siempre queremos más. Los dos. Intento controlarme, pero cuando muerde y

tira de mis pezones soy consciente de que el placer es demasiado. No tardaré demasiado en explotar. Me muevo más rápido. El gruñe entre dientes que lo haga más despacio, pero le ignoro. Más rápido. Más, y más... Y entonces, su gruñido de placer se vuelve ronco y presiento que va a estallar. Mis músculos se contraen y, unos segundos más tarde, ocurre.

—Joder, Bridie... —murmura, aún con sus dedos clavados en mi trasero—. Joder.

Una sonrisa de satisfacción se filtra en mi rostro.

Estoy tan empapada en sudor como lo está mi vestido. O mejor dicho, el de Cameron. Pero ahora mismo eso es lo que menos me preocupa. Le miro a los ojos, a esos malditos ojos que me vuelven tan loca, y lo único que me viene a la mente es “Chicago”. Acabo de descubrirle, y no me siento preparada para dejarle marchar. Podría decirle que estoy dispuesta a seguirle hasta el fin del mundo, que mis estudios son lo que menos me interesa en esos instantes, pero... Supongo que todo eso solo serviría para quedar como una loca psicótica y hacer que salga huyendo de forma despavorida. ¡Por Dios! ¿Cómo diablos he podido perder así la cabeza por un chico? ¡¿Por un profesor?!

—Ahora me toca a mí... —ronronea, cogiéndome aúpas para trasladarme a su cama.

Cuando amezco, necesito un par de segundos para ser consciente de dónde estoy. Harding aún duerme junto a mí y eso provoca que una sonrisa bobalicona inunda mi rostro desde primera hora. Poco a poco voy rememorando la noche de ayer, lo que hace que mi sonrisa bobalicona se ensanche hasta límites desconocidos. Ayer se nos hizo bastante tarde y, entre caricias, Harding me propuso quedarme a dormir aquí. Obviamente, no dudé la respuesta. Aunque ahora me pregunto qué diablos le diré a Cameron cuando me interrogue a cerca de dónde he pasado la noche. Sabe que ayer vino mi madre a verme, así que supongo que podría decirle que al final dormí en mi casa o algo así. No tiene demasiado sentido, pero algo se me ocurrirá. Me quedo quince minutos más en la cama, observándole obnubilada. Al final, decido dejarle dormir tranquilo y me escabullo a hurtadillas hasta la cocina en busca de algo para desayunar. No tardo demasiado en encontrar la cafetera y, aunque la nevera está prácticamente vacía, consigo rescatar un par de huevos y unas tajadas de beicon. Para cuando Harding se levanta de la cama yo ya tengo el desayuno preparado y la mesa puesta.

—¡Vaya! —exclama, sentándose frente a mí—. Menuda sorpresa...

—¿Te importa? Me moría de hambre —respondo, pinchando un poco de huevo revuelto y llevándomelo a la boca.

No miento. Estoy muerta de hambre.

—Tranquila... —dice con una sonrisa—. Esto me recuerda que me urge hacer una buena compra.

—Sí, no te vendría mal... —río.

Desayunamos entre bromas. O mejor dicho, prácticamente almorzamos. Son las once y media de la mañana. Ayer se nos hizo muy tarde y las altas horas de la madrugada a las que nos quedamos dormidos hoy están pasando factura. Nos damos una ducha juntos y, después, me despido de Harding con un “hasta luego” y un beso en los labios. “Como si fuéramos una pareja normal...”, aunque no lo seamos. Ni lo vamos a ser.

Que vaya a marcharse a Chicago sigue siendo una noticia terrible, pero ahora mismo, mientras regreso dando un paseo al campus, soy consciente de que nada ni nadie puede empañar la felicidad que siento. Ha sido una noche perfecta. Más que perfecta.

Saco mi teléfono móvil del bolso. Ayer, antes de subir al piso del guapo profesor, lo apagué. Siempre lo hago para que ni mi madre ni Derek puedan molestarme mientras estoy con él. Además, como quedamos a horas tardías, siempre puedo tener la excusa de que me había marchado a dormir pronto.

Cuando lo enciendo, me encuentro una avalancha de llamadas perdidas de Derek y mi madre. Se me acelera el corazón y mi sonrisa desaparece mientras un mal presentimiento se instala en mí. “Algo malo ha pasado...”. Si no, ¿por qué iban a haberme llamado tantas veces seguidas?

Marco el número de Derek porque, si voy a hablar con mi madre, prefiero saber a qué atenerme. Siempre ha sido mucho más sencillo para mí derrumbarme con él que con Lizzy.

Ni siquiera llega a sonar un tono. Derek contesta de la misma; su voz suena temblorosa, casi histérica.

—¿Estás bien? —me pregunta prácticamente gritando—. ¿Estás bien, Bridie?

—Sí, sí... ¡Claro! ¿Qué ocurre? ¿Qué pasa?

El corazón me late a gran velocidad.

—¡Joder! —exclama, justo antes de soltar un largo suspiro—. ¿Dónde ostias te metes, Bridie? ¡Tu madre y yo casi llamamos a la policía!

Me quedo en silencio, procurando asimilar lo que está diciendo. ¿Por qué razón iban a llamar a policía? ¿Por qué diablos están tan preocupados por mí?

—Estoy en la puerta del campus —anuncia, dejándome boquiabierta—, y tu madre viene en camino. Estábamos muy preocupados.

—¿Por qué está mi madre en...?

—Voy a llamarla para que se dé la vuelta —me dice con voz de alivio—. ¿Dónde estás? He llegado hace horas... Tu compañera de piso no sabía dónde estabas y me ha dicho que era la primera vez que pasabas la noche fuera.

¡Oh, no!

Tierra, trágame...

Intento encontrar una explicación lógica para excusar mi ausencia, pero sé que mentir sería rizar el rizo aún más. Ha llegado el momento de la verdad, de ser sincera con él —y conmigo misma, de paso—.

—Llego en cinco minutos, ¿vale?

—Vale.

Y sin añadir nada más, cuelga.

Espero que Derek sea lo suficiente convincente como para que mi madre se dé la vuelta. Respiro, aspiro, procurando mantener la calma. En el instituto tuve un profesor de gimnasia que no estaba muy cuerdo y que dedicó un par de clases a enseñarnos ejercicios de relajación. Nunca me habían sido demasiado útiles, pero no pierdo nada por intentar ponerlo en práctica.

Estoy a punto de llegar. Veo a Derek a lo lejos; está sentado en las escaleras de la entrada, con la cabeza hundida entre sus dos rodillas. Vuelvo a decirme a mí misma que “ha llegado el momento”, pero en el fondo no sé cómo enfrentarme a ello. Sí, lo sé. Soy una cobarde por naturaleza.

—Derek...

Levanta la mirada.

Parece confuso, pero puedo atisbar cierto alivio. Estaba preocupado por mí y eso me parte el corazón.

—Menos mal, Bridie... ¡Menudo susto! —dice, estrechándome entre sus brazos.

Contengo el aliento mientras pienso internamente cómo comenzar la conversación. ¿Debería dejar un margen? ¿Una pequeña “pausa” antes de soltarle el bombazo? O, al contrario, quizás lo mejor sea decir todo y no hacerle perder el tiempo.

Me perdonará, lo sé. Derek es mi familia, así que tarde o temprano terminará perdonándome.

—Ya, lo siento... Podías haber avisado antes de venir.

Derek me mira extrañado y frunce el ceño.

—Lo habría hecho si contestases el teléfono, pero no sé nada de ti. No me respondes los mensajes ni las llamadas... ¿Qué querías que hiciera?

—No lo sé, pero no imaginaba que cruzarías el país... —murmuro en voz baja, avergonzada por las acusaciones mientras intento quitarme la culpa de encima.

Él suelta una risita irónica y a mí se me encoge el alma. Sé que esto precede una discusión, y la verdad es que es lo último que necesito y quiero.

—Parece que no te alegras de verme.

—No es eso... —aseguro con la voz entrecortada y poca convicción—, pero ya sabes que es temporada de exámenes y...

—¿Dónde estabas, Bridie? ¿Qué está pasando contigo? —inquire, aunque más bien suena

como una acusación—. No entiendo nada.

Parece confuso y herido.

Siento cómo los ojos se me van empañando poco a poco mientras intento decidir qué decir. “Es el momento, sé sincera”, me dice una vocecita en mi cabeza.

—Estaba con alguien —suelto, sin siquiera sopesar cómo reaccionará Derek a mi confesión.

—¿Con... alguien? —levanta las cejas, sin comprender.

—He dormido con otra persona.

Él no parece comprender a qué me refiero. Y yo no sé qué palabras emplear para que no suene tan malo como lo es en realidad.

—¿Con otra persona? —repite, incrédulo—. ¿Qué quieres decir, Bridie? ¿Qué ostias significa con otra persona?

Creo que nunca había visto a Derek tan fuera de sí mismo. Procuero mantener la calma porque sé que, si no hago un fuerte trabajo de autocontrol, terminaré echándome a llorar como una loca.

—He conocido a otro chico...

El rostro de Derek se descompone de tal manera que siento cómo se va formando un nudo en mi estómago. Estoy convencida de que ahora comenzará a gritar, pero en lugar de eso, se deja caer sobre los escalones. Yo no sé qué hacer, así que le imito y me siento a su lado mientras procuro continuar con mi explicación.

—No te contestaba al teléfono porque necesita un tiempo para pensar...

—¿Te has acostado con él? —me interrumpe.

Yo me quedo en silencio. No me veo capaz de decirle la verdad, pero tampoco de mentirle.

—¿Qué es... lo que tenéis? ¿Estáis... juntos?

—¡No, no! —le interrumpo—. No. De verdad que no. No es nada, serio...

—Pero le quieres —me dice, volviendo a interrumpirme.

—No —respondo, y esta vez lo digo con convicción—. Él me gusta, pero... a ti te quiero. Necesitaba pensar.

Derek no dice nada más y a mí se me encoge el alma.

Sé que estoy siendo egoísta. Una auténtica egoísta. ¿Pero acaso no es la verdad? Por Harding siento una atracción inexplicada e irracional, pero no un amor tan sincero como por Derek.

Una lágrima se resbala lentamente por la mejilla de Derek. Sé que esto que le estoy diciendo

no es sencillo de asimilar.

—He venido hasta aquí para enterarme de que me has sido infiel... —susurra con la voz gangosa—. Supongo que es un adiós.

Me arrimo a su lado y le acaricio suavemente el brazo. No quiero que esté mal, pero no sé cómo hacer esto sin hacerle daño. Creo que ambas cosas no son compatibles.

—No quiero que sea un adiós.

—¿Y qué quieres, Bridie? ¿Esperas que te perdone como si no hubiera pasado nada?

Me mira fijamente, esperando una respuesta.

—No, no quiero que me perdones... Bueno, sí, pero...

Intento expresarme sin tartamudear, pero no lo consigo.

Derek me escruta con la mirada. Me conoce bien, muy bien. Después de mi madre, él es la persona que mejor me conoce; así que espero no necesitar decir nada más para que me comprenda. Para que empatice conmigo.

—¿Quieres o no quieres que te perdone? —escupe de mal humor, como si estuviera faltándole al respeto—. ¡No te entiendo, Bridie!

Se pone de pie de un salto.

—Lo sé... ¡Lo siento! ¡Lo siento muchísimo! —murmuro a sus espaldas, sin darme cuenta de que ya he comenzado a llorar.

Derek echa a caminar por los jardines del campus y yo le sigo. Supongo que se dirige a su coche.

—¡No quiero que te marches, por favor! —suplico, dolida.

Él no lo entiende, pero perderle es lo más doloroso que me podría pasar ahora mismo.

—¿Y qué es lo que quieres, Bridie? —ataca, girándose para encararme.

Su rostro está cubierto de lágrimas y eso hace que todo sea aún peor.

—No lo sé... —murmuro, mirándole fijamente a los ojos.

—Pues cuando lo sepas, avísame.

Y sin decir nada más, se marcha.

Me desplomo sobre el césped, llorando de forma desconsolada.

¿Por qué diablos tengo la sensación de que estoy perdiendo a Derek y a Harding en un mismo

día? ¿De qué ambos van a marcharse muy lejos y de que no volveré a ver a ninguno?

CONTINUARÁ

NOTA DEL AUTOR

Querido lector;

Antes de despedirme, quiero darte las gracias por haberle concedido una oportunidad a esta historia y, sobre todo, por habérmela concedido a mí.

Espero que, en un futuro, volvamos a caminar juntos entre letras y que nuestros caminos vuelvan a cruzarse.

Si te ha gustado la historia o si quieres hacerme llegar tu opinión, me encantará leerla en los comentarios de Amazon. Te agradeceré enormemente ese pequeño detalle de tu parte.

Atentamente,

Christian Martins.

SOBRE EL AUTOR

Christian Martins es un autor que nació hace más de treinta años y que lleva escribiendo otros tantos, a pesar de que hasta febrero del 2017 no se lanzó a publicar. Desde entonces, todas las obras de este prolífero escritor han estado en algún momento en el TOP de los más vendidos en su categoría.

¡Únete al fenómeno Martins y descubre el resto de sus novelas!

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR

Todas las novelas de Christian Martins están disponibles en los mercados de Amazon, tanto en papel como en eBook.

Si quieres encontrar alguno de sus títulos, tan solo debes escribir su nombre en el buscador de Amazon.

Seré solo para ti
Solo tuya
Besos de carmín
Mi último recuerdo
Escribiéndole un verano a Sofia
Nosotras
Secretos 1, 2 y 3
Saga “Una noche”:
Una noche Dorada
Una noche Contigo
Una noche Nuestra
Una noche Perfecta
Una cosa de locos
Yo no soy tu vampiresa
Yo soy tu vampiresa
Nuestros días
La chica que se llamaba como un cometa
Un “te quiero” por Navidad
Mi protector
Su protegida
Ave Fénix
Donde nacen las estrellas
Una guerra del pasado
Olivia y su caos
Siempre Contigo

Un hombre de negocios

Isla de Plata

¡Lo que tú digas!

¡Cómo tú quieras!

¡A tus órdenes!

El rescate

El laberinto

Luna de gato

Magená

Denahi

Hinun

Ni una cita más

Yo en Roma, tú en Nueva York

La vida de Dani

El amor está en la toalla de al lado

¡Ni me toques!

Lo que no esperaba

El libro de Joe Byers

El corazón de Joe Byers

Con cariño, para Sailor's Rest

Te había soñado

El viaje no soñado

¿Tú?

Tú mi deseo, yo tu capricho

Un pitcher en mi corazón

Un pitcher solo en mi corazón

Sabor a caramelo

